

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1857. — TOMO X.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 16. — N° 249.

Administración general, calle del faubourg Montmartre, n° 10 en París

## SUMARIO.

Las tropas inglesas defendiéndose contra la caballería de los insurrectos de Delhi; grabado. — Vejez de la civilización moderna. — Revista de París. — A Elvira. — Inauguración de la sección de Niort à la Rochela

y à Rochefort; grabados. — Incendio del «Monitor»; grabado. — Tres jóvenes artistas bolivianos; grabado. — Eutalia. — Exposición de bellas artes de 1857; grabados. — Genio y figura. — Marina. — La Cartuja de Bosserville; grabados. — Los diputados de la alta Hungría

presentando los productos nacionales al emperador de Austria; grabado. — Contra tristeza cantares. — La venganza de los hombres por la justicia de Dios. — Inauguración del asilo para los obreros convalecientes en Vincennes; grabado.



Las tropas inglesas defendiéndose en las rocas contra la caballería de los insurrectos de Delhi.

### Vejez de la civilización moderna.

*Nihil novum sub sole*, exclamaba cierto sabio que anduvo por el mundo algunos años antes que nosotros, y ese es el mote que el autor del presente artículo pintaría en su rodela, si hoy se gastasen semejantes muebles. Con efecto, yo apuesto cualquier cosa á que en tiempo de nuestro padre Adán, brotaban los arbolillos lo mismo que ahora, y á que su esposa Eva se entretenía en los momentos de ocio, que debieran ser muchos para ella no usándose entonces hacer costuras y bordados, se entretenía, digo, oyendo cantar sus incomprendibles amores á las pintadas avecillas, ni más ni menos que mis lectoras gozarán alguna vez con el gorjeo de ruiseñores y canarios; si bien nuestra primera abuela no conoció como ellas las jaulas orientales. Por manera que de cuantas sublimes invenciones se cuelgan á la moderna civilización, ninguna fué desconocida en los primitivos siglos de la humanidad.

Extraño tema me he propuesto, y ya me parece ver á alguno de mis lectores torciendo el hocico en son de lástima y de duda. Tengan paciencia y escuchen un momento, que yo espero dejar á todos convencidos.

¿De qué se alaba más en este siglo la sociedad humana? De que ya no hay distancias ni pueblos diferentes, de que al cenar un hijo del Támesis ó el Sena sabe lo que almorzaron y comieron los que habitan á orillas del Misisipi, del Nueva y del Jarama. ¡Vaya una gracia! Cuando Cain y Abel vivían con sus padres, toda la tierra era suya, y dedicados al progreso de la agricultura y de la ganadería, á pesar de no haber entonces escuelas ni sociedades económicas, sabía cada cual aquello en que los otros se ocupaban, sin necesidad de correos ni telégrafos.

Y cuidado que ni uno ni otro tienen nada de moderno. Abrid los poemas más antiguos, y vereis á *Madama* la ninfa Iris *mille trahens varios adverso sole colores*, ó lo que es lo mismo en traje de correo de gabinete de la diosa Juno, llevando recaditos de su ama á los mortales y de los mortales á su ama, y al ciudadano Mercurio calzándose su casco con aiones, prueba de que entonces se hacían gorros con infulas de pájaros, invención que ya no se conoce. Pues más viejos son aun los telégrafos eléctricos. Cuando Júpiter hacía entender su mal humor á los vivientes, sacaba una chispa de las nubes que le sirven de butaca, y sin ser necesarios alambres, ni postes, ni aisladores, enviaba á la tierra las muestras de su enojo, avisando con un trueno en lugar de campanilla.

Más reciente el uso de los caminos de hierro, se pierde sin embargo su origen en la noche de los siglos. Desde las primeras épocas de Roma se habla en todos los historiadores y poetas de *vías*, y según la variedad de adjetivos que se aplican á este nombre, dedúcese que en la ciudad de los Césares cada ferrocarril estaba dedicado á la conducción de una clase de cosas solamente. Así, por ejemplo, la *via Apia* era la que servía para la entrada de aquella clase de verduras que llamamos *apios*.

Yo no sé á punto fijo cuándo se descubrió el uso del vapor, pero veo en la Iliada que Ulises llevaba una respetable provision de aire encerrado en vejigas ó pellejos; lo cual me parece únicamente un modo épico de expresar que la escuadra del tal caudillo estaba compuesta de buques de vapor. Respecto á que eran de hélice ninguna duda cabe, porque á cada paso se habla de lo mucho que rechinaban y de la blanca espuma con que cubrían las ondas.

De suerte que *in illo tempore* se viajaba con más facilidad ó tanta por lo menos como ahora. Díganlo si no las peregrinaciones marítimas de los Argonautas, Ulises y Eneas, después de los cuales Kooch, Laperouse y el malhadado Franklin no pueden figurar más que como míseros *touristas*.

El arte ó ciencia, ó lo que sea, de la guerra siempre ha tenido más recursos que ahora para hacer sangrías á la humanidad, que es el fin moral que se propone. Ahorrándose pólvora, balas y pistones, lo cual demuestra la antigüedad de la economía política, sacudíanse los prójimos entre sí de latigazos con espadas y lanzas y otros varios chismes cortantes y punzantes, que después de dar una mojadilla al enemigo quedaban listos para otra en la mano de su dueño. Si arrojaban flechas, no era para hacer daño, sino por colocar un toldo ó techo de cañas entre ellos y las nubes, que librase á los heridos y á los muertos del sol ó de la lluvia.

Pues en cuanto á las máquinas de batir ¿no son más útiles los arietes, catapultas y balistas que los obuses, morteros y cañones? No por ser desconocidos estaban estos en desuso. ¿Cómo es posible que Vulcano, que además de ser un artista apreciable, era vocal de la junta del Olimpo, no fundiese de esta clase de armas en sus talleres? Amen de esta reflexión tan convincente consérvese en la Iliada el siguiente verso, que prueba hasta más no poder la existencia de artilleros en el sitio de Troya.

..... Ζεύς,  
Εμπεδαλέα κτυκίων τοῦς θε χλωρόν θεος ἦρει.

Y en cuanto á la pólvora ¿quién duda que vivieron antes de su invención muchos hombres capaces de inventarla? El gigante *Encelado* no era otra cosa que un ingeniero que ensayaba bajo el Etna la voladura de las minas.

Se ve por consiguiente que si no se practicaban los métodos modernos de ataque y de defensa, era por estar recogidos como inútiles. ¿No había de producir un gran ahorro el no tener que llevar cajas y municiones?

Porque los pedruscos lanzados con la catapulta en cualquier parte podían encontrarse, y cuando no los hubiera, se lanzaban con ella por cuartas ó compañías los soldados, y en un momento se colaban los sitiadores en la plaza sitiada por la misma puerta que los pájaros.

Todos los cacareados inventos bélicos dados á luz en la guerra de Crimea, todas las bombas asfixiantes y luces eléctricas empleadas allí para tostar soldados, no valen dos cominos junto á los espejos con que el señor Arquímedes forraba en llamas las naves enemigas. Y si bien se considera, no eran aquellos otra cosa que una purísima plancha fotográfica. Porque, si Arquímedes hubiera querido sacar la vista al daguerrotipo de la armada, bastárale dar sobre el espejo una mano, bien de engrudo ó bien de cola, para pegar en él la imagen de los buques y las playas.

¿Qué novedades importantes podemos encontrar en las cosas y acciones más comunes de la vida? Ninguna. Los sabios y filósofos, seres feos y ridículos, que tanto abundan en el día, tuvieron sus antecedentes en la Grecia. Siete amenizaron aquel suelo con este título oficial, sin contar los infinitos que hacían el oso en calles y plazuelas por lograrle.

Conocida era ya desde las más remotas generaciones la importancia y utilidad de las *memorias*, esas apreciaciones históricas de los hombres y mujeres más notables hechas por los mismos interesados con el fin de que salgan llenas de imparcialidad y de justicia. No hablo de las del bizarro general, elegante escritor y hombre público y eminente á quien llamaban Julio César; mucho antes de esa fecha, según el narigudo literato Ovidio refiere en sus *Metamorfosis*, la señorita Filomela escribió á su hermana Progne por medio del bordado un episodio de su vida, ó sea el pronunciamiento ó *ex-abrupto* llevado á cabo contra ella por Teseo. Y como la menesterosa niña demandaba favor y auxilio contra este, puede además considerarse tan precioso documento, ya como un verdadero memorial en papel sellado, ya como una nota diplomática.

Claramente indican el uso de los *albums* entre los romanos los nombres de *album regis* y *album pretoris*, probando igualmente que no solo eran propias de las señoritas semejantes colecciones de simplezas, sino indispensables á los que ocupaban ciertos puestos de la república.

Existiendo estos volúmenes, claro es que en Roma se conocían los libros, y por consiguiente los libreros y las librerías. Virgilio, Tibulo, Tácito, y casi todos los más célebres poetas y prosistas, dividieron en libros sus producciones, señal de que entonces los había, y la exclamación de Ovidio: ... *sine me, liber, ibis in urbe* hace suponer, ya que él estaba deportado y no es creíble que nadie se atreviera á llevar al César sus encargos, hace suponer, repito, que pensaba enviar algunos ejemplares por el correo.

Que la publicidad ha ido decayendo en lujo, todos lo sabemos: las leyes de las doce tablas se fijaron en carteles de bronce por las esquinas, los edictos de Caracalla se ponían muy altos para que no los arrancasen, y en letra menuda á fin de economizar el material de que se hacían; y en nuestros días nos contentamos con anunciar los bandos en frágiles papeles pegados con sopa de mendrugos. Y á propósito de Caracalla: el nombramiento de su jamego para cónsul manifiesta lo viejo que es en este mundo el encumbrar á ciertos animales cuando se ponen cerca del que manda.

Aunque la invención de los coches en forma de petaca es reciente, no lo es la costumbre de echar las ruedas por encima de los que van á pié. Tulia hollando con su carro el cadáver de su padre, nos enseña cuánto mejor es andar con piernas ajenas que con las propias.

No se refiere en ningún autor antiguo si las tiendas tenían tanto lujo como las nuestras; pero hablando de los ratones y las comadrejas dice Esopo que «su historia se suele pintar en las tabernas;» indicio fuertísimo de que los romanos ponían cuadros en los cafés manchegos, ó los forraban de papel con paisajes y figuras. *Le passage des Thermopyles était une grande chose*, acabo de leer hojeando un libro. Véase pues cómo los griegos hacían pasajes y les daban importancia.

Cuando las damas querían parecer hermosas, no con mirinaques ni cintajos afeaban sus blancos y morenos cuerpos. Díganlo Juno, Venus y Minerva, señoras de la aristocracia del Olimpo, presentándose, solo para ganar media libra de manzanas, á los ojos de un zagal polluelo en el mismo uniforme que los niños cuando nacen.

La afición á las óperas y el empleo de la *claque* ó comisión de aplausos, data del tiempo de Neron. Tan difícil debía ser entonces como ahora hallar billetes en los despachos de teatro, y eso que no había revendedores, porque el imperial artista despachaba, á fuer de beneficiado, todos los asientos en su casa. Lástima grande que los historiadores no nos refieran la clase de instrumentos que se usaban por la orquesta, aunque se sabe de cierto la existencia de uno no pequeño: del violon, tocado admirablemente por todos los emperadores de aquellos siglos.

La policía urbana y la estadística nada han adelantado desde la creación de los ediles, que debían ser una especie de *urbanos* encargados de hacer guardar el decoro y compostura debidos en las plazuelas, y de los censores que formaban el padrón casi casi con tanta exactitud como nuestros celadores y alcaldes de barrio. Solo que entonces, sin duda por estar los cuartos tan caros como ahora, se daba licencia á los hombres grandes, ó sea á las notabilidades, para vivir en toneles á modo de aguardiente. Así lo dice el ejemplo del sabio y erudito Diógenes.

En fin, el estado de la pintura, escultura, poesía, medicina y demás artes y ciencias era excelente en Grecia y Roma. Por eso al hablar de un médico, de un pintor ó de un poeta, decimos que es un Hipócrates, un Apelles y un Horacio ó un Píndaro, cosa que manifiesta desde luego que ya no viven aquellos señores, porque si aun anduviesen por el mundo no nos faltaría algún defecto que encontrarles.

Mucho más pudiera decir, pero sobra con esto para probar que la civilización es tan antigua como los hombres civilizados y como el no conocerse á sí mismo, ó lo que es igual: que los romanos llamaron bárbaros á los extranjeros que sujetaban; nosotros los llamamos á ellos ignorantes, y sabe Dios lo que dirán de nosotros los hijos de nuestros nietos.

José GONZALEZ DE TEJADA.

### Revista de Paris.

Otro nombre más hay que añadir al ya largo catálogo necrológico de las celebridades literarias que ha perdido la Francia en 1857. Este nombre es el de M. Gustavo Planché.

Gustavo Planché nació en Paris en 1808. Su padre era un farmacéutico que dió pruebas de inteligencia en su profesión, y que tradujo varias obras relativas á la farmacia. Tuvo tres hijos que se distinguieron, uno como pintor, otro como economista, y el último, Gustavo, que según la expresión de Jules Janin pronunciada sobre su tumba, ha sido el primer crítico francés.

Cuando Gustavo Planché salió del colegio, después de haber terminado con aprovechamiento todos sus estudios, su padre quiso que aprendiera la farmacia; pero él en vez de seguir los cursos de la escuela, comenzó á estudiar las bellas artes. Pasaba los días en el Louvre y en los museos; entabló relaciones con los pintores más famosos, y en breve formó juicios sobre los grandes artistas de la antigüedad, del renacimiento y de nuestra época que fueron admitidos como sinceros y originales.

El padre llegó á saber que su hijo Gustavo perdía su tiempo miserablemente, y habiéndole puesto en la alternativa de optar entre la farmacia y las bellas artes, Gustavo dejó la casa paterna, y continuó sus estudios predilectos abandonado á sus propios recursos que eran por cierto sumamente reducidos.

El periódico el *Artista* recibió los primeros trabajos de Gustavo Planché, que le valieron desde luego una reputación merecida. En 1831 entró de redactor en la *Revue des Deux Mondes*, donde ha continuado hasta su muerte. En sus artículos de crítica Gustavo Planché habla de arte y de literatura con habilidad, con gracia, con elocuencia; su estilo correcto y elegante no carece de energía, y sobre todo lleva el sello de una filosofía comedida y de una admiración sagaz por todo lo que es verdaderamente bello.

Dotado de un genio sintético como pocos críticos, Planché sabía considerar la cuestión de que trataba en el conjunto y al mismo tiempo en todos sus pormenores. Reunidos en tomos los artículos de este escritor, forman una galería de artistas y de literatos, preciosa como obra de consulta, y que se encuentra en manos de todos los que se hallan interesados en el movimiento intelectual de nuestra época.

Planché ha tenido muchos enemigos, porque justo es decir que todas las grandes ilustraciones de nuestro tiempo han merecido su censura más ó menos severa.

Cuando la Exposición Universal de 1855 Planché escribió un artículo sobre la pintura española contemporánea, en que trataba bastante mal á don Federico Madrazo. Pero esta vez su crítica tuvo un perance. Al examinar los cuadros del Sr. Madrazo criticaba uno que, aunque indicado en el catálogo, no había salido de Madrid; el artista lleno de indignación acudió á los tribunales, y en primera instancia ganó su pleito; luego le perdió definitivamente en su apelación, pero no creemos le haya perdido ante la opinión pública.

Sin embargo, por punto general las críticas de Gustavo Planché han tenido siempre un sello de sinceridad notable aun en medio de su violencia.

En octubre principian á llegar á Paris los que le abandonan durante el verano. Aun no puede decirse en este mes que la sociedad parisiense inaugura sus placeres de invierno, pero ya se hacen los preparativos para noviembre. Muchas aventuras cuyo prólogo tuvo lugar en la capital en la época de las reuniones y de los bailes, tienen su desenlace en los baños, y así vemos regresar aquí algunas personas que marcharon libres de la coyunda matrimonial, y vuelven unidas con el santo lazo sin que la noticia se haya traslucido.

Cuéntase que á principios de este año en un baile de máscaras un joven parisiense conocido por su elegancia y su buena figura, se encontró con una dama rigurosamente encubierta con un dominó y una careta, que se obstinó en darle una broma de las más tenaces.

No había duda que era una mujer de entendimiento, su decir lo demostraba á cada instante; pero la dificultad estaba en saber si era bonita.

Sin embargo, las probabilidades hablaban en su favor. Tenía un aire hechicero, un pié diminuto, una mano encantadora. Bajo el capuchón del dominó se distinguía una cabellera negra y abundante, y unos ojos como dos ascuas lanzaban brillantes resplandores por los agujeros de la careta, que no quiso levantar un segundo á pesar de las súplicas más respetuosas.

El coloquio duró toda la noche, y los dos interlocutores se separaron prometiéndose asistir al baile siguiente.

Ambos fueron exactos á la cita. La conversación se entabló de nuevo, pero esta vez con un carácter sentimental.

Antes había sido como una broma de baile de máscaras, ahora tomaba un rumbo mas interesante.

El joven rogaba que cayera la máscara, pero la máscara se mantenía firme. Además la dama había prohibido severamente á su galán que la siguiera á la salida del baile bajo pena de una desgracia completa y de una eterna separacion.

Esto duró así hasta el último baile de carnaval. En esta noche suprema la conversacion fué mas tierna que nunca, y cuando llegó el momento de marchar, el dominó respondió á las instancias y á las amenazas amorosas del joven diciéndole:

— Permítame Vd. que conserve mi careta, no me siga Vd. y mañana recibirá Vd. una carta mia en que le diré dónde y cuándo debe encontrarme Vd. con el rostro descubierta.

— ¿Me da Vd. palabra de hacerlo así?

— Se lo prometo á Vd. formalmente.

Bajo la fe de este compromiso, la dama pudo retirarse sola y enmascarada.

Efectivamente, al otro día el joven recibió por el correo un billete que contenía lo que sigue:

« Ya ve Vd. como soy fiel á mi promesa. El 15 de setiembre próximo me hallará Vd. en Spa... » Y le daba las señas del sitio.

Esta carta dejó desalentado al joven. Una cita dada á fines de febrero para mediados de setiembre no podía ser mas que una burla. Pero ¿qué había de hacer? No tenía mas remedio que resignarse.

No obstante, el amor que le había inspirado la desconocida era tan profundo, que tuvo valor y paciencia para sufrir una prueba de este jaez.

En mayo se hallaba ya en Spa, prometiéndose que la dama abreviaría el plazo; pero por mas que buscaba entre la muchedumbre, la desconocida del baile de máscaras no se declaraba todavía.

Por fin llegó la hora. El 15 de setiembre por la tarde el joven conmovido de temor y de esperanza puso los pies en el paseo, y allí donde le habían dicho, halló una mujer sentada vestida de negro y cubierto el rostro con un velo tupido.

Se acercó á ella y la preguntó:

— ¿Es Vd.?

— ¿Puede Vd. dudarlo? le respondió una voz suave cuya melodía se había quedado bien impresa en su memoria.

Y al cabo de una pausa prosiguió diciendo:

— He querido poner á prueba su constancia de Vd., y además confieso que solo desde hoy estoy libre, y me encuentro dueña de disponer de mi persona.

Y alzando el velo dejó ver un rostro divino.

Una semana despues el joven y la dama, que pertenece á una familia noble de la Bélgica, vinieron á Paris á celebrar sus bodas.

Otra historia vamos á contar que tuvo igualmente su principio en el último invierno en Paris y su desenlace en Baden; pero este ha sido un desenlace contrario.

El vizconde de R... vió en los salones á una inglesa muy rica, muy hermosa y joven todavía, aunque estaba viuda. En Paris la conocian bastante, porque estos últimos años acostumbraba á pasar aquí todos los inviernos. La inglesa, recomendable por sus virtudes, tiene, segun se asegura, un carácter infernal. Su primer marido se quejaba tanto de ella, que á su muerte prevaleció la opinion de que había fallecido por los disgustos y pesadumbres que su mujer le había causado.

Como esto era notorio, todos se sorprendian de que el vizconde quisiera contraer una union tan peligrosa. Sus numerosos amigos deseaban salvarle; pero sin embargo, ninguno de ellos tenía la osadía suficiente para tratar con él de una materia tan delicada.

En tal estado las cosas, los enamorados se fueron á Baden. Allí tambien el vizconde se encontró con varios de sus amigos íntimos, y en una reunion particular á la que asistian unas veinte personas, todas ellas interesadas en su bien, se vino á tratar al fin del proyectado matrimonio.

Uno de los concurrentes, el mas atrevido, á quien de intento preguntaron su opinion, respondió diciendo:

— Dejemos este punto, y contaré á Vds. un cuento árabe.

Todos prestaron atencion, y el narrador comenzó de esta manera:

— Había en Mascata, una de las ciudades mas florecientes de los califas, un mercader llamado Hassan Mohadem, que había adquirido grandes riquezas en el comercio con las Indias.

Este Hassan era hombre muy apreciado por su saber tanto como por su fortuna. De su matrimonio con una de las hijas del iman de Mascata había tenido un hijo en quien había concentrado todas sus afecciones desde que la muerte le había arrebatado una esposa querida.

Selim era el nombre de este hijo, que el padre educó y formó con los mejores ejemplos. Cuando el anciano conoció que se acercaba su última hora, quiso dar sus postreras instrucciones á Selim que apenas había cumplido los veinte años, y le dijo lo siguiente:

« Eres mi único heredero y te dejo todos los bienes que he adquirido con mi industria. Para tí son mis tierras del Yemen, mis cafetales de Moka, mis campos de maíz y de aloe del país de Aden, mis búfalos y mis caballos del Hedjaz. Para tí mi kiosco y mis verjeles del golfo Pérsico, y esta casa con sus riquezas, entre las cuales encontrarás siete arcas llenas de oro. Todo te pertenece. De la inmensa herencia solo quiero sustraer este bolsillo lleno de perlas y de diamantes que entregarás de mi parte á una persona que debes buscar por el mundo. En cuanto hayas visto poner la lápida sobre mis restos mortales, saldrás de Mascata, irás á viajar, y recorrerás el Oriente estudiando, observando con atencion las aberraciones del entendimiento humano, y entregarás este bolsillo al hombre mas loco que encuentres, es decir, al hombre á quien veas cometer un acto de locura extraordinario. Tal es mi última voluntad, y muero en la confianza de que la ejecutarás fielmente. »

Esta confianza del anciano moribundo no podía ser engañada. Selim, despues de haber hecho á su padre los honores fúnebres, se puso en camino sin pensar mas que en cumplir con un celo á toda prueba la mision de que estaba encargado.

Tan grande era la veneracion que profesaba el joven por la sabiduría de Hassan, que ni extrañó ni trató de explicarse el objeto de aquella mision oscura y singular. El respeto le imponía una obediencia ciega. Hassan había tenido sin duda motivos muy graves para instituir aquel legado misterioso, y para confiar á su hijo la ejecucion de su voluntad. Acaso era un voto que había hecho al profeta. Acaso había imaginado aquel pretexto para imponer á su hijo un viaje instructivo, y deseaba que el joven tomara una alta leccion de filosofía estudiando las flaquezas morales de los hombres.

El joven Selim, siguiendo con exactitud el itinerario que se había trazado, recorrió la Siria, el Egipto, la Grecia y otras varias comarcas como un observador curioso buscando el hombre que debía merecer el legado de Hassan por algun rasgo de alta é insigne locura.

Por todas partes halló insensatos, con fama de tales ó desconocidos del público, que diariamente cometian acciones sin lógica ni razon; pero casi todos ellos eran insensatos vulgares, locos como se encuentran á montones en todos los países, y despues de haber andado mucho, no había podido hallar al hombre extraordinario cuyo rasgo de locura sublime debía recompensar con el bolsillo de perlas y diamantes, cuando llegó á Constantinopla.

Al entrar en la ciudad notó cierto movimiento entre el pueblo, y le pareció que la muchedumbre se ocupaba de algun asunto de importancia. Prosiguió su camino con direccion á la posada que le habían indicado: el serrallo se encontraba en ese camino, y cuando el viajero se halló frente al palacio, se detuvo sobrecogido de espanto y de horror.

Del centro del pórtico colgaba una cabeza cortada recientemente, y á cada lado de ella estaba clavada una de las orejas de la persona á quien había pertenecido.

El pueblo pasaba por delante de aquellas reliquias sangrientas muy indiferente, como acostumbrado á ver tales cosas.

Selim interrogó á uno de aquellos hombres.

— No es nada, le contestó este: la cabeza y las orejas del gran visir que ha sido ejecutado esta mañana.

— ¿Y porqué motivo? preguntó el joven árabe. ¿Será por un crimen extraordinario?

— Lo ignoro, alguna fruslería; no se necesita mas en ese empleo para acabar de tal manera, respondió el turco.

En aquel momento se oyeron tocatas alegres, y se vió llegar un pomposo cortejo en medio de la muchedumbre que se apiñaba para contemplarle.

A la cabeza se adelantaba un hombre montado en un caballo ricamente enjaezado, y cubierto de suntuosas vestiduras.

— ¿Qué es eso? preguntó Selim.

— Es el sucesor del visir decapitado que se presenta á consagrar el acto de su proclamacion.

El nuevo dignatario llegó á la plaza, saludó la cabeza de su predecesor, y en presencia de aquel resto de las grandezas que heredaba, recibió con la serenidad de la ambicion satisfecha su alta investidura.

Entonces, atravesando por medio de la muchedumbre que aclamaba al dichoso elegido, Selim se acercó al nuevo visir, le saludó y le habló en estos términos:

— Señor, sois el hombre que busco.

— ¿Quién eres tú?

— Me llamo Selim, hijo de Hassan Mohadem de Mascata, y os traigo un legado que mi padre os dejó al morir y que me encargó os entregara personalmente.

Y dicho esto el joven árabe puso en manos del visir el bolsillo lleno de perlas y diamantes, y se alejó contento de haber cumplido su mision, y firmemente convencido de que en todo el mundo podría presenciarse un acto de locura mas extraordinario que el de aquel hombre que á la vista de un ejemplo terrible y palpitante, aceptaba con suma alegría una posicion rica y brillante sin duda, pero que tan fatal había sido á su predecesor, y cuyos peligros le estaban demostrados de una manera tan formidable.

Aquí concluye el cuento.

El vizconde de R., añade M. E. Guinot de quien tomamos esta historia, comprendió muy bien el sentido de aquel apólogo oriental. Vió en la cabeza del visir ajusticiado el recuerdo del marido cuyo puesto anhelaba, y comprendió como el árabe Selim que el mayor acto de locura que puede cometer un hombre es el de burlarse de una leccion tan oportuna, y aceptar el empleo de un antecesor tan deplorablemente despachado. Por consecuencia la viuda sigue viuda.

La Opera Italiana inauguró sus representaciones el jueves 1.º de octubre poniendo en escena « Il Trovatore. » La compañía de esta temporada, que se prolongará hasta el 30 de abril en vez de acabar en marzo, se compone de los artistas siguientes:

Soprani: Señoras Grisi, Steffenone, Saint-Urbain.  
 Contralti: Señoras Alboni, Nantier-Didié.  
 Comprimari: Señoras Guerra, Blanchi.  
 Tenori: Señores Mario, Giuglini, Belart.  
 Baritoni: Señores Graziani, Corsi, E. Winter.  
 Primo buffo: Señor Zucchini.  
 Bassi: Señores Angelini, Genibrel, Baillou.  
 Segundas partes: Señoras Martini y Elena; señores Rossi y Soldi.  
 Direttore d'orchestra: Señor Bonetti.  
 Maestro di canto: Señor Schimon.  
 Maestro dei cori: Señor Fontana.  
 Las principales óperas anunciadas son:  
 « Il Barbiere, » Rossini.  
 « Cenerentola, » id.  
 « Norma, » Bellini.

« I Puritani, » id.  
 « Don Pasquale, » Donizetti.  
 « Lucrezia Borgia, » id.  
 « Maria di Rohan, » id.  
 « Don Giovanni, » Mozart.  
 « Il Matrimonio segreto, » Cimarosa.  
 « Rigoletto, » Verdi.  
 « Il Trovatore, » id.  
 « La Traviata, » id.  
 « Il Giuramento, » Mercadante.  
 « Marta, » Flotow.  
 « Un curioso accidente, » Rossini.

Las tres últimas nuevas en Paris. — Esta eleccion de artistas y de óperas demuestra un buen acierto por parte del señor Calzado en conocer lo que agrada al público parisiense, y no hay duda que la temporada será brillante.

MARIANO URRABIETA.

## A ELVIRA.

Do quier que mis pasos vayan  
 Allí te encuentran mis ojos,  
 Y tu imagen mis enojos  
 Mitiga con su fulgor.

Entonces inquieta mi alma  
 Se agita insensiblemente,  
 Y discurre por mi mente  
 El recuerdo de tu amor.

Si me encuentro solitario,  
 Solo tu imagen admiro,  
 Y de mi pecho un suspiro  
 Se desprende abrasador.

Y en vano mis ojos quiero  
 Dirigir por la llanura...  
 Siempre me trae tu hermosura  
 El recuerdo de tu amor.

Si al dulce sueño me entrego  
 Solo descanso un momento,  
 Pues aun dormido, tu aliento  
 Es mi aliento arrullador.

Y al empezar el beleño  
 Por mi cuerpo á discurrir,  
 Me hace un tormento sufrir  
 El recuerdo de tu amor.

Un éxtasis sobrehumano  
 A otra region me conduce,  
 Que me fascina y seduce  
 Con su mágico esplendor.

Allí mis ojos te miran  
 Radiante de luz y gloria,  
 Y se agolpa á mi memoria  
 El recuerdo de tu amor.

O entre ángeles mil te veo  
 Entonando tus cantares  
 Y quemando en los altares  
 Inciensos al Hacedor.

Y mientras yo enagenado  
 Contemplo el celeste coro,  
 Me hace verter dulce lloro  
 El recuerdo de tu amor.

Y mis pesares no calma  
 Soñarte en el cielo, Elvira,  
 Pues que mi pecho suspira  
 Lleno de angustia y dolor.

Y cuando el alba resuena,  
 Ansioso corro á buscarte,  
 Y no ceso de mirarte  
 Porque recuerdo tu amor.

Y oigo tu voz, y se calma  
 El pesar que yo forjara,  
 Y mi vista fijo avara  
 En tu rostro encantador.

Y entonces bendigo al cielo  
 Porque permite bondoso  
 Que exista el ángel hermoso  
 En quien recuerdo mi amor.

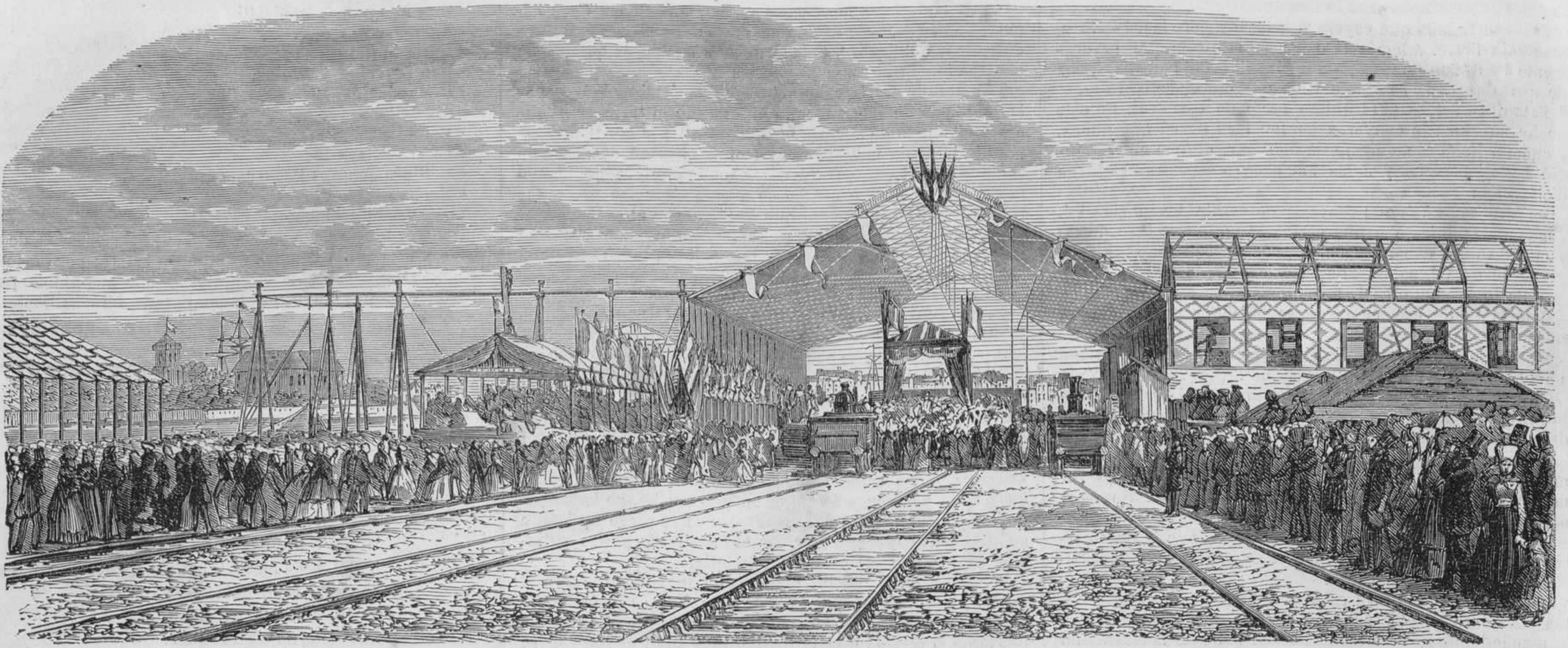
V. SEGURA.

## Inauguracion

DE LA SECCION DE NIORT Á LA ROCHELA Y Á ROCHEFORT;  
 FIESTA DE BENEFICENCIA EN LA ROCHELA.

Las inauguraciones están á la órden del día; los administradores de las vias férreas rivalizan en ardor para terminar las secciones que completarán el inmenso conjunto que debe cubrir la Francia y establecer la comunicacion de todos los centros del imperio con la capital. El programa de estas fiestas de la industria que señalamos siempre con placer, es invariable. Llegada del tren de las autoridades superiores, bendicion de las locomotoras, discursos apropiados al caso, música y cañon, esto es lo del día; en la noche hay banquetes, iluminaciones y baile.

El sábado 5 de setiembre á las ocho de la noche, M. Baroche, presidente del consejo de Estado, acompa-



Inauguración del ferro-carril de la Rochela. — Bendición de las locomotoras.

ñado de M. de Franqueville, director de la sección de ferro-carriles en el ministerio de Obras públicas, y de varios ingenieros, salió para Niort donde arranca la nueva línea.

Llegado á Niort el domingo por la mañana, fue recibido por el prefecto del departamento de Deux-Sevres y

por los administradores del camino. A las diez el tren oficial llegó á la Rochela en medio de una muchedumbre que habia acudido de todos los puntos del departamento para disfrutar de aquel espectáculo nuevo. El señor Landriot, obispo de la Rochela, revestido de sus insignias pontificales dió la bendición, y desde lo alto del altar construido en medio de la vía, pronunció un largo discurso. Cumplido este ceremonial, la población se deramó por la pacífica ciudad de la Rochela, y las plazas y calles se llenaron de gente para ver pasar una cabalgada organizada en favor de los menesterosos, y que consistía en unos carros entre los cuales se distinguían un Neptuno y sus tritones, la fragata *la Bellone* en el combate, un canastillo de flores guarnecido de niñas, un carro formado enteramente de toneles y de barriles, símbolo de la industria del país, etc., etc., todo ello escoltado por brillantes ginetes con trajes históricos que recibían los dones generosamente otorgados por las lindas damas de la Rochela que brillaban en los balcones.

Un banquete reunió en la sala de la Bolsa á los principales convidados, y la fiesta nocturna se terminó con una brillante iluminación y el baile inevitable.

Al amanecer del otro día principió á caer una lluvia menuda y persistente. Sin embargo, hubo que salir para Rochefort, y sucedió que los infortunados viajeros quedaron abandonados en medio de un lago á un kilómetro de la ciudad. Había motivos para protestar enérgi-

mente contra las inauguraciones y los ordenadores que olvidaron sin duda que los embarcaderos cubiertos están aun por hacer.

Los obreros de M. Godillot, el inteligente ordenador de las fiestas públicas, se hallaban trabajando, y los escudos, las banderas y el altar que figuraban muy brillantes la víspera en la Rochela, estaban otra vez colocados para la ceremonia del día. Pero ¡ay! su brillo se habia empañado, y las pinturas apenas se conocían. Por fin, gracias á los paraguas, los discursos desafiaron á la lluvia.

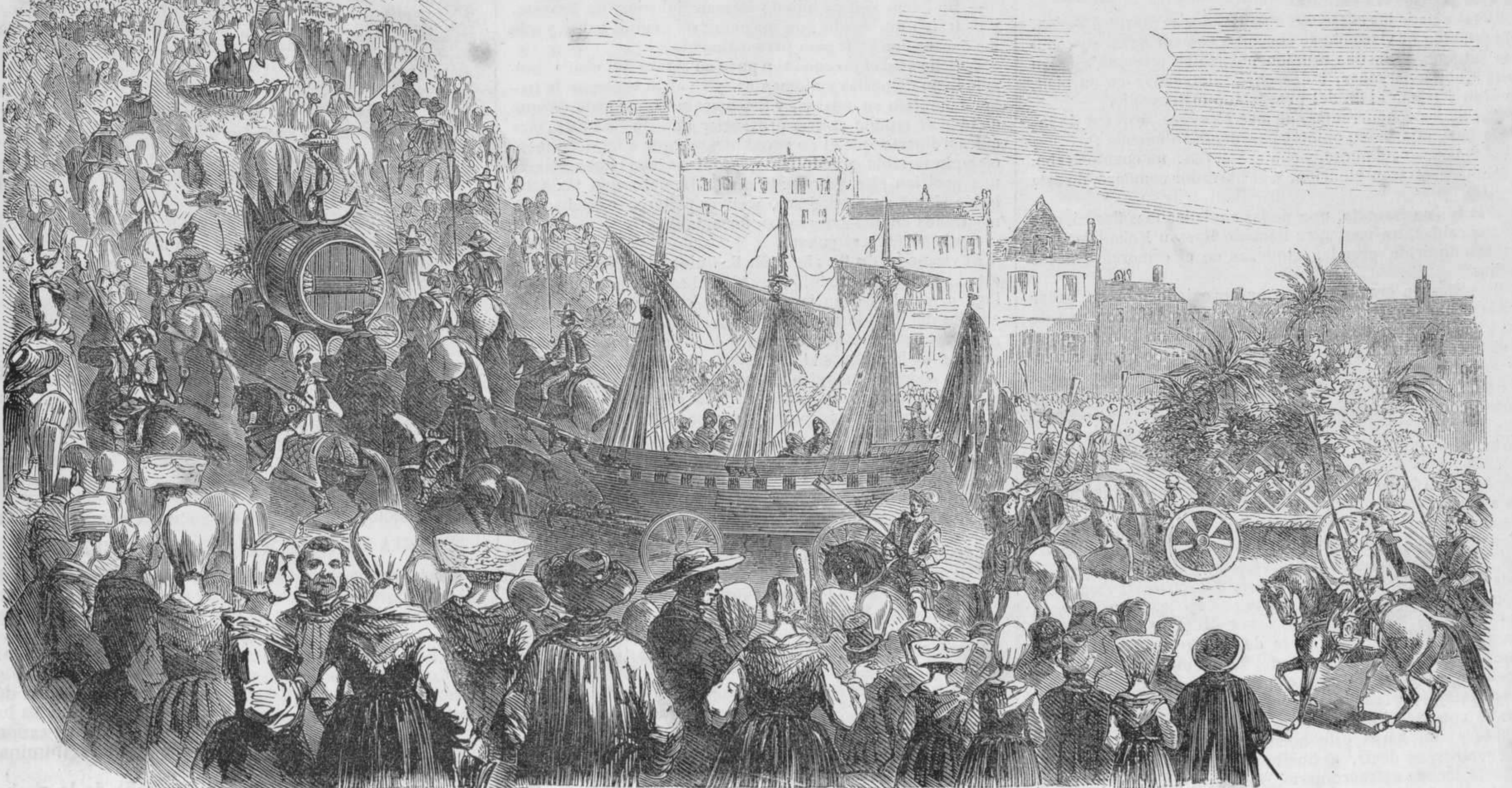
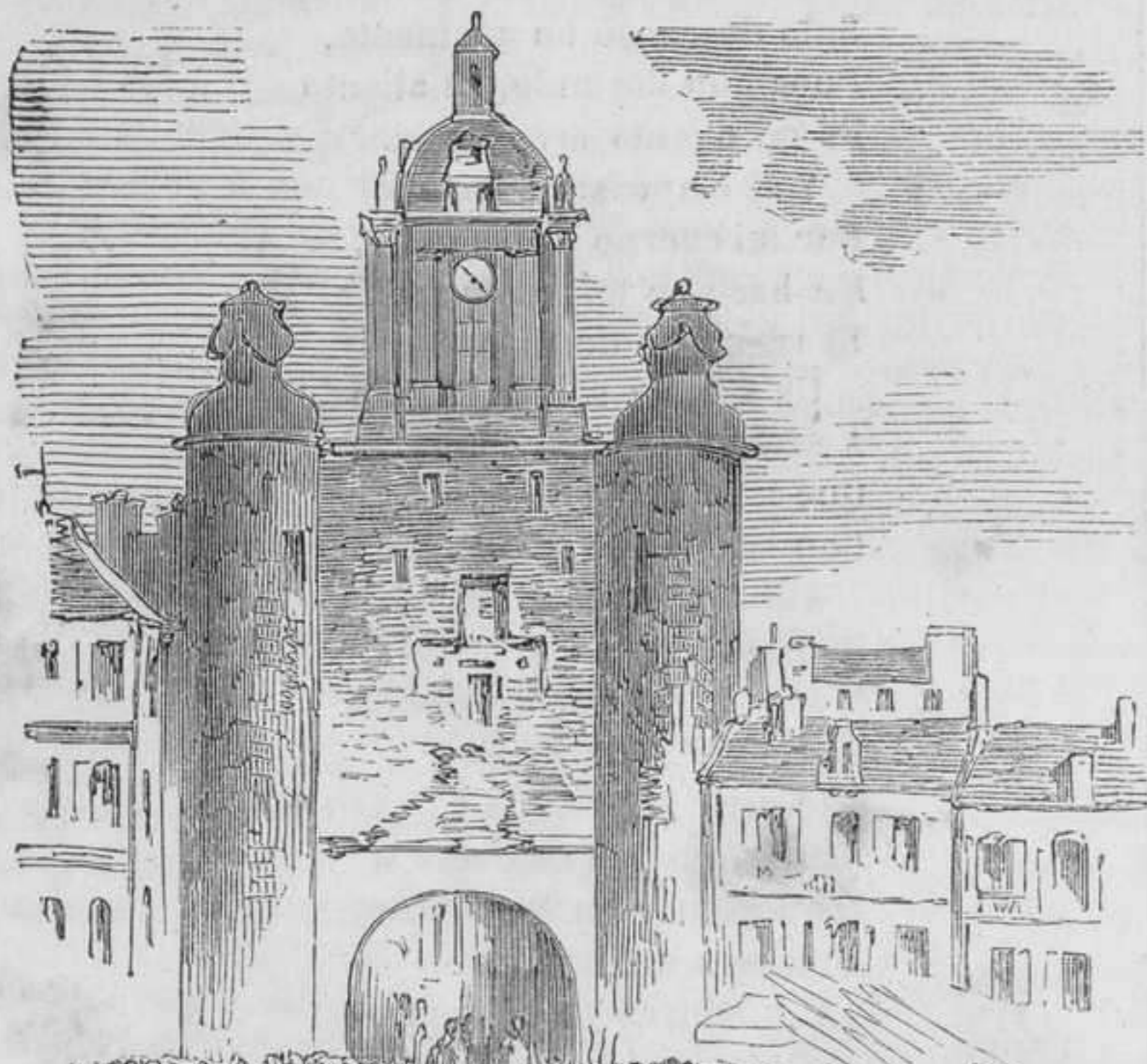
La ciudad nos pareció muy sombría; ¡qué contraste con la Rochela que estaba tan alegre y engalanada!

Bajo la mala impresion de nuestra llegada á Rochefort, nuestra visita al arsenal fué bastante triste; sea que las fiestas se llevaran muchos trabajadores, sea que la topografía del establecimiento que se extiende sobre la orilla del Charente, no permita juzgar de su conjunto, nos pareció que carecía de actividad y pensamos al instante en Brest y en Tolon.

Rochefort, ciudad moderna con sus calles anchas y derechas, es monótona y se diría que carece de habitantes; las iluminaciones de la noche no tuvieron bastante atractivo para hacer salir á la gente de sus casas.

Allí como en la Rochela el programa se siguió con toda puntualidad. Banquete, baile, iluminaciones y al otro día regreso á Paris.

A. D.



Fiesta de beneficencia de la Rochela con motivo de la inauguración del camino de hierro.

**Incendio de la imprenta y oficinas del Monitor.**



El 14 de setiembre, á las 6 de la mañana, se incendiaron las oficinas del *Monitor*, y tres horas despues los pisos principal y segundo de la casa habian ardido, con

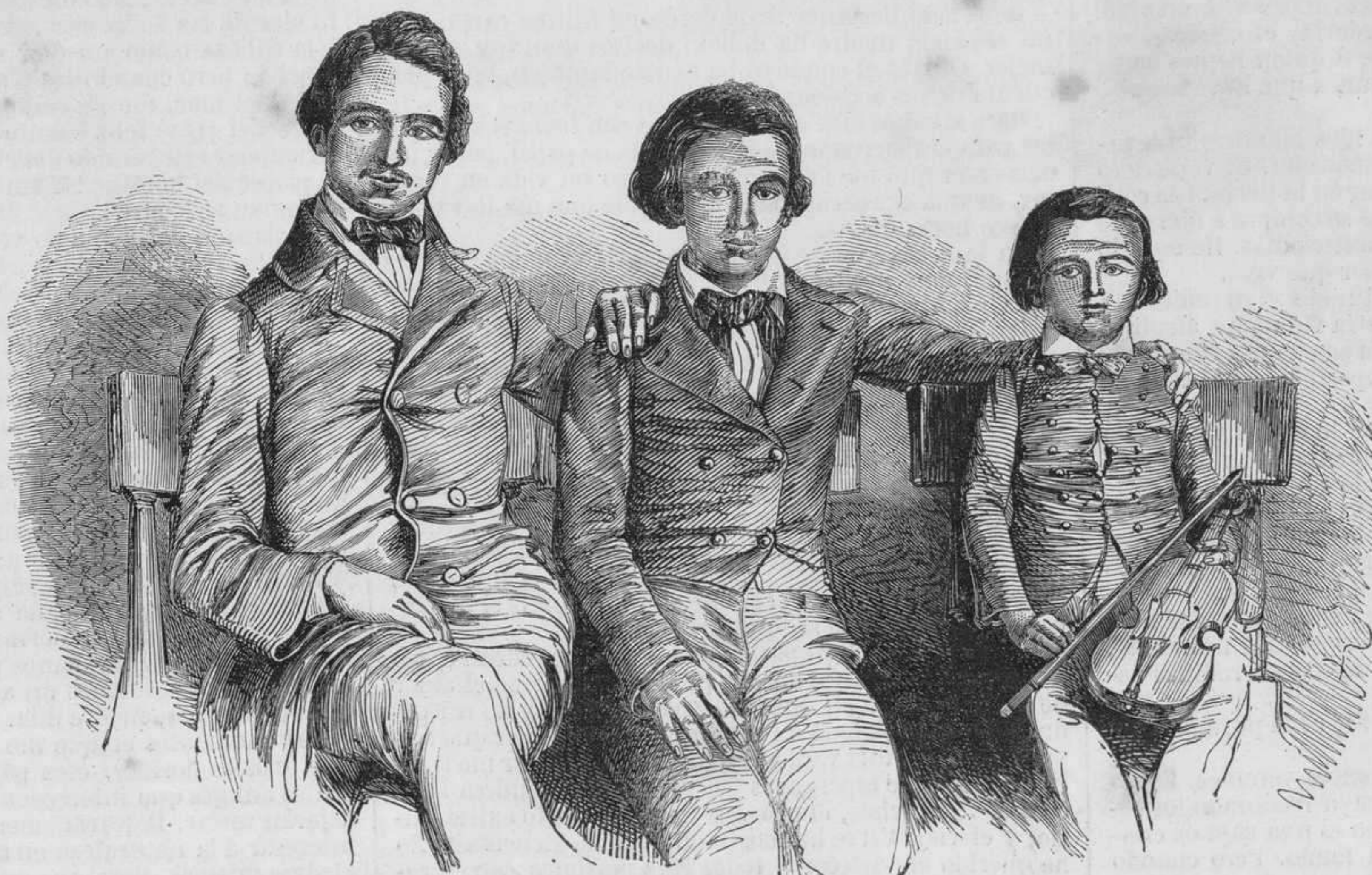
los archivos, el material de la composicion y las colecciones preciosas que encerraba el establecimiento. La publicacion del periódico no se interrumpió, pues

una parte de su material se trasladó á otro punto. Las pérdidas ocasionadas por este incendio se elevan á la suma de 300,000 francos.

**Tres jóvenes artistas bolivianos.**

Los fenómenos de precocidad artística no son raros en nuestro tiempo, lo cual en gran parte debe atribuirse á que la difusion de la enseñanza musical generalizándose en muchas clases de la sociedad, hace descubrir esos instintos innatos que abundan mas de lo que se creía, y que antes yacian ignorados y hasta desconocidos de los mismos que los poseian, por falta de ocasion para manifestarse. Por efecto de esta fecundidad, digámoslo así, de la época, en talentos musicales precoces, dejan ya de llamar la atencion muchos de los que se presentan en las capi ales de Europa.

Pero lo que sí es verdaderamente raro, es la existencia de esa propension ó instinto, que se revela por una pordigiosa facilidad de ejecucion instrumental, en tres hermanos de una misma familia; y tal es justamente el caso que vamos á referir, indicando ligeramente la edad y la aptitud de cada uno de los tres hermanos *Núñez del Pardo*, oriundos de la ciudad de la Paz en la República de Bolivia, en la América del Sur, hijos legítimos de José Núñez del Pardo, inspector y director general de las Obras pú-



Tres jóvenes artistas bolivianos.

blicas del departamento y miembro de la Sociedad libre de bellas artes de Paris.

El mayor de los tres se llama César y tiene 17 años de edad. Su facilidad es extraordinaria para ejecutar sobre el piano las obras mas difíciles de los composito-

guido, asombrando á un auditorio inteligente.

Además de esos talentos musicales, los hermanos Núñez del Pardo poseen otros de una educacion esmerada, como son varias lenguas y artes liberales.

res célebres, correspondiendo así á las esperanzas que su rara habilidad hiciera concebir desde la infancia. El segundo, de edad de 12 años, se llama Luis, recibió en la capital algunas lecciones de violin del profesor don Pablo Rosquellas, é hizo despues los mas rápidos progresos, ejecutando en aquel difícil instrumento los trozos mas sorprendentes, lo cual le ha merecido en el pais una reputacion tal, que le denominan el *Paganini Boliviano*.

El tercer hermanito, llamado Saul, solo tiene cinco años, y ya expresa con el violin y con admirable destreza los deliciosos sentimientos de la inspiracion artística. Su disposicion natural fué revelada ya á la edad de cuatro años, lo cual dió motivo á la publicacion de varios artículos en *La Epoca*, diario de la Paz, refiriendo los conciertos en que aquel niño se habia distin-

## EULALIA

POR M. E. ABOUT.

(Continuacion.)

LA CONDESA VIUDA DE VILLANERA A LA DUQUESA DE LA TORRE DE EMBLEUSE.

Villa Dandolo 2 de mayo de 1853.

Querida duquesa: Eulalia está mejor. Nos hemos mudado esta mañana y me encuentro rendida; para mí son todos los cuidados. Yo tuve que hacer las cajas, que envolver á la enferma en algodón, que vigilar al niño, etc. etc. El conde para nada sirve; es un talento de familia. El doctor daba vueltas sin provecho, hasta que le mandé sentar en un rincón. Cuando estoy de prisa no puedo sufrir que nadie se apure á mi lado; el que me ayuda me estorba. Gil estaba con calentura; le voy á mandar á París para que se cure, y será preciso que me busqueis otro.

Por fin todo lo arreglé, y á las once marchábamos. Por fortuna los caminos son magníficos y llegamos blandamente á nuestra choza. Entonces vuelta á disponerlo todo; abrí los paquetes, hice las camas, preparé la comida con un cocinero indigno que queria echar pimienta en todas las cosas hasta en las natillas. Comieron, se pasearon, y ahora duermen, mientras yo os escribo á la cabecera de la enferma como un soldado sobre un tambor despues de una batalla.

La victoria es nuestra, lo aseguro á fe de capitán aguerido. Eulalia sanará. No obstante, me ha hecho pasar quince noches muy malas en Corfu; no se decidía á dormir, y yo tenia que mecerla como á una niña. Comia únicamente por darme gusto; nada la llamaba, y cuando no se come adios las fuerzas. No tenia mas que un soplo de vida que parecia á punto de volar á cada instante, pero yo estaba alerta. ¡Valor! esta tarde ha comido, ha bebido dos dedos de vino de Chipre, y ahora duerme.

Muy á menudo habia oido decir que una madre quiere á sus hijos en razon de lo que le cuestan, mas no lo sabia por experiencia. Todos los Villanera de padre en hijo son de hierro. Pero desde que me habeis confiado el pobre cuerpo de nuestra Eulalia para que vigile y no permita á la muerte que se aproxime á ella, desde que he aprendido á sufrir, á respirar con nuestra enferma adorada, siento que tengo un corazón. Apenas era madre cuando no habia experimentado de rechazo el golpe de los dolores de otro. Ahora valgo mas, soy mejor, asiendo en grado. Por el dolor nos acercamos á la Madre de Dios, ese modelo de todas las madres. ¡Ave Maria, mater dolorosa!

Nada temais, mi pobre duquesa, Eulalia vivirá. Dios no me habria inspirado el amor profundo que la tengo si hubiese decidido arrancarla de este mundo. El que gobierna los corazones mide la violencia de nuestros sentimientos por la duracion del objeto que amamos, y yo amo á nuestra hija como si eternamente debiéramos poseerla. La Providencia se burla de la ambicion, de la avaricia y de todas las pasiones humanas; pero respeta el afecto legítimo, y anda prudente en separar á los que se aman en el seno de la familia. ¿Cómo Dios en su infinita bondad ha de tener el designio de matarla en mis brazos?

Además el interés de nuestra raza depende de su vida. Si tuviéramos la desgracia de perderla, el conde se casaría mal un día ú otro. Santiago, á quien hemos edificado dos iglesias, no permitirá nunca que lleve nuestro nombre la Chermidy.

Nada espero del doctor Le Bris: los hombres mas sabios no aciertan á curar las enfermedades. El verdadero médico es Dios en el cielo y el amor en la tierra. Las consultas, los remedios y todo lo que se compra á fuerza de oro, no aumenta la suma de nuestros días. Hé aquí lo que hemos imaginado para obtener que viva.

Todas las mananas mi hijo, mi nieto y yo pedimos á Dios que suprima tiempo de nuestra vida para añadirlo á la vida de Eulalia. El niño cruza sus manos con nosotros; yo recito la oracion, y es imposible que el cielo no nos oiga.

El conde ama á su mujer, ya os lo dije. La ama con un amor puro, exento del materialismo de la tierra. Si la amara de otro modo en el estado en que la ve, me horrorizaria. La tiene un poco de esa adoracion religiosa que un buen cristiano consagra á la santa de su iglesia, á la Virgen de su capilla, á la imagen casta y velada que se muestra radiante en el fondo del santuario.

Nosotros los españoles somos así; sabemos amar sencilla y heróicamente sin ninguna esperanza mundana, sin otra recompensa que el placer de caer de rodillas delante de una imagen venerada.

Eulalia no es otra cosa en la tierra; es la pura imagen de las santas del paraíso.

Cuando esté curada... ¡ah! entonces veremos. Esperad á que la pobre virgen pálida haya recobrado los colores de la juventud. Hoy su cuerpo es una caja de cristal trasparente con un alma en el fondo. Pero cuando corra por sus venas una sangre regenerada, cuando el aire del cielo regocije su pecho, cuando los generosos perfumes de los campos hablen á su corazón y hagan latir sus sienes, cuando el pan y el vino, esos presentes de Dios, hayan restablecido sus fuerzas, cuando un vigor impaciente la impulse á correr bajo los altos naranjos del jardín, entonces entrará en una belleza nueva, y el conde, que tiene ojos en la cara, sabrá hacer una diferencia entre sus amores antiguos y la felicidad presen-

te. No necesitaré yo demostrarle cuán superior es una hermosura noble y casta realzada con todo el brillo de una alta cuna y todo el esplendor de la virtud, á los atractivos vulgares de una cualquiera. Por ahora está en buen campo. Pronto hará cuatro meses que salimos de París y no ha escrito ni recibido una carta; el olvido se va posesionando de su corazón lejos de la indigna mujer que le perdía. La ausencia que fortifica las pasiones nobles, mata en un soplo aquellas que solo subsisten por el hábito del placer.

Quizá tambien nuestra Eulalia sufrirá el contagio del amor. Hasta ahora de toda la familia no quiere á nadie mas que á mí. No hablo del niño, pues ya sabeis que le aceptó desde el primer día. Pero manifiesta á mi pobre hijo una indiferencia que se parece mucho al odio. No le maltrata como antes, y sufre sus atenciones con una especie de resignacion. Ya no extraña verle á su lado, se acostumbra á su presencia. Sin embargo, fácilmente se lee en su rostro una impaciencia sorda, un aborrecimiento contenido que salta por instantes, quizás tambien el desprecio de una criatura virtuosa por un hombre que ha cometido faltas.

¡Ay! pobre amiga mia, la indulgencia es una virtud de nuestro tiempo que ya no practican los jóvenes. No obstante, debo reconocer que Eulalia disimula cuidadosamente sus pequeños resentimientos. Su urbanidad con el conde no puede ser mayor ni mas delicada; habla con él horas enteras sin quejarse de cansancio, le escucha con atencion, responde á veces, y acoge sus finezas con una dulzura fria y complaciente. Un hombre menos susceptible no habria notado que le aborrecen; el conde lo sabe y perdona. Pero es imposible detestar á sus amigos con mas encanto y bondad; Eulalia es el ángel de la ingratitud.

¿Cómo concluirá todo esto? Muy bien, creedme, tengo confianza en Dios, fe en mi hijo, y esperanzas en Eulalia. La curaremos de todo, aun de la ingratitud, principalmente si venis á ayudarnos.

He sabido que el duque marcha muy derecho por el camino de la virtud, y que los padres le citan como ejemplo á sus hijos. Si pudiérais dejarle uno ó dos meses, seriais aquí recibida con los brazos abiertos. En caso de que el digno convertido quisiera tomar un poco el aire de los campos, hay en la vecindad un palacio que le convendría.

Adios pues, mi excelente amiga, querida hermana de mi ternura y de mis aficciones. Os amo cada día mas, á medida que se aumenta mi amor á nuestra hija. La distancia que nos separa no podria entibiar una amistad tan firme; no nos vemos y no nos escribimos con frecuencia, pero nuestras oraciones se encuentran todos los días al pié del trono de Dios.

P. D. No olvidéis mi criado y que sea joven. Nuestros viejos del palacio Villanera no podrian aclimatarse.

CONDESA DE VILLANERA.

EULALIA Á SU MADRE.

Villa Dandolo 7 de mayo de 1853.

Mi querida mamá: el viejo Gil que os entregará esta carta os dirá qué bien se está aquí. No cogió las calenturas en Corfu sino en la campiña de Roma, de modo que podeis vivir sin cuidado.

He estado bastante mala desde mi última carta, pero mi segunda madre ha debido decirnos que voy mucho mejor. Quizás el conde os ha escrito tambien, no le pido cuenta de sus acciones.

Hace algunos días que me siento con fuerzas suficientes para emborronar cuatro páginas de papel, pero ¿podeis creer que me falta tiempo? Paso mi vida en respirar, es una ocupacion bien agradable que me lleva diez ó doce horas diarias.

En la crisis que he pasado he sufrido mucho; no me acuerdo haber estado tan mala en París. Muchas personas en mi puesto habrian deseado la muerte, y sin embargo, yo me agarré á la vida con una obstinacion increíble. ¿Cómo se cambia! ¿Y de qué proviene que ya no veo las cosas como antes?

Es sin duda porque habria sido muy triste morir lejos de vos, sin que vuestras manos adoradas cerrasen mis ojos. Pero no me han faltado los cuidados, y si hubiera sucumbido como lo temia el doctor, habriais podido tener ese consuelo. Es muy triste, cuando se llega á saber la muerte de una persona amada, la idea de que quizá le faltó algo. A mí nada me falta, y todo el mundo es bueno para mí, hasta el conde. Ya lo sabreis si me sucede alguna desgracia, querida mamá.

La amistad y la compasion de los que me rodean acaso han contribuido tambien un poco á inspirarme el amor de la vida. El día en que me despedí de vos y de mi padre, dije adios á todo en este mundo, sin saber que llevaba conmigo una verdadera familia. El doctor me trata como si tuviese esperanzas de curarme; la condesa hace cuanto vos haciais, el niño me tiene un afecto extraordinario, y el viejo Gil se ha mostrado lleno de atenciones. No he querido entristecer á todas esas personas con el espectáculo de mi agonía, y así he salido del apuro. Los que contaban con mi muerte que esperen.

Me habeis recomendado que os describa nuestra casa para que vuestro pensamiento sepa donde hallarme cuando quiera hacerme una visita. El conde que dibuja muy bien para ser conde, os enviará el plano del castillo y del jardín. Le he pedido este servicio, porque era para vos. Entre tanto contentaos con saber que habitamos una ruina de las mas pintorescas. De lejos la casa parece una

antigua iglesia demolida en tiempo de la revolucion; yo no queria creer que fuese habitable.

Se llega al peristilo por cinco ó seis entradas practicales para los coches con un pavimento desigual y rampas un poco ruinosas. Todo esto se sostiene por hábito, pues hace mucho tiempo que debia hallarse hundido el edificio. Los alerías y las enredaderas se deslizan por todas las aberturas, y el camino está perfumado como un jardín. La casa está en medio de los árboles á un cuarto de hora del lugar mas próximo.

No sé bien todavía de cuantos pisos se compone; los cuartos no están todos unos sobre otros; se diria que el segundo piso se ha deslizado hasta el piso bajo en un temblor de tierra. Por una puerta se entra al nivel, y por otras se sube ó se baja.

En este laberinto teneis que buscar á vuestra hija, mi querida mamá; yo me busco tambien algunas veces, y suelo no encontrarla.

Tenemos al menos unos veinticinco cuartos inútiles y un gran salon de billar donde hacen nido las golondrinas. He mandado que se respeten esos nidos: ¿qué soy aquí yo? un pobre pájaro ahuyentado por los rigores del invierno.

Mi cuarto es el que cierra mejor de toda la casa; es tan grande como la cámara de los diputados, y todo él está pintado al óleo. Prefiero esto al papel, es mas limpio, y sobre todo mas fresco. El conde me ha mandado traer de Corfu todos los muebles necesarios, de fabricacion inglesa: mi cama, mis sillas y mis sillones se pasean á su gusto en esta inmensidad.

La buena condesa se acuesta en el cuarto del lado, cerca del niño. Y digo que se acuesta para que no se enfada. La veo á la cabecera de mi cama en el instante de cerrar mis ojos, y la encuentro en el mismo lugar al abrirlos, pero no seria prudente decirle que ha pasado la noche fuera de su lecho. El doctor está mas lejos en el mismo piso; le han instalado lo mejor posible, pero los que cuidan á los demás tienen la costumbre de cuidarse á sí propios.

El conde no sé dónde está, en las guardillas, pero ignoro siquiera si hay guardillas. Nuestros criados griegos é italianos duermen al aire libre segun la costumbre del país.

Mis cuatro ventanas están expuestas al Levante y al Mediodía. El aire y la luz entran en mi aposento desde las nueve de la mañana. Me levantan, me visten, y abren las vidrieras una por una, á fin de que el aire del mar no me sorprenda bruscamente. A las diez bajo á mis jardines, tengo dos, uno al Norte de la casa, con un cercado mas sólido que la muralla de la China, y el otro al Mediodía bañado por el mar.

El jardín del Norte tiene olivos, azofaifos y nisperos, y el otro es un bosque de naranjos, limoneros, higueras, nogales y emparrados gigantescos que invaden todas las alturas. ¡Qué cosa tan hermosa es correr por todas partes! Nunca he conocido tal felicidad, madre mia, pero si vivo...

Principio á dar paseitos por las alamedas, que estaban impracticables hace ocho días, pues el jardinero del conde Dandolo es un romántico puro que se halla prendado del desorden y de las gracias enmarañadas. Se han podado los árboles abundantemente como si se tratara de una selva virgen. Yo pedí que no tocaran á los naranjos, pues ya sabeis que me he reconciliado con el olor de las flores. No obstante prohibo que traigan ramilletes á mi cuarto; solo me gusta su perfume al aire libre. El olor de las flores cortadas en un aposento se me sube á la cabeza como un olor de muerte, y me entristece mucho; pero cuando las plantas florecen al sol, bajo la brisa del mar, me regocijo con ellas. ¡Qué hermosa es la tierra! ¡Qué feliz cuanto en ella vive! ¡Y qué triste seria dejar este mundo delicioso que Dios ha creado para el placer del hombre! Y sin embargo hay personas que se matan: ¡locura!

Decian en París que no veria yo brotar las hojas. No me habria consolado de morir tan pronto sin haber visto la primavera. Ya han brotado las tiernas hojas de abril, y estoy aquí y las veo, las toco, las beso, y las digo:

— Héme aquí con vosotras, quizá me dareis sombra este verano. Si debemos caer juntas, ¡ay! permaneced largo tiempo en esos hermosos árboles, adheridos sólidamente á la rama, y vivid para que yo viva.

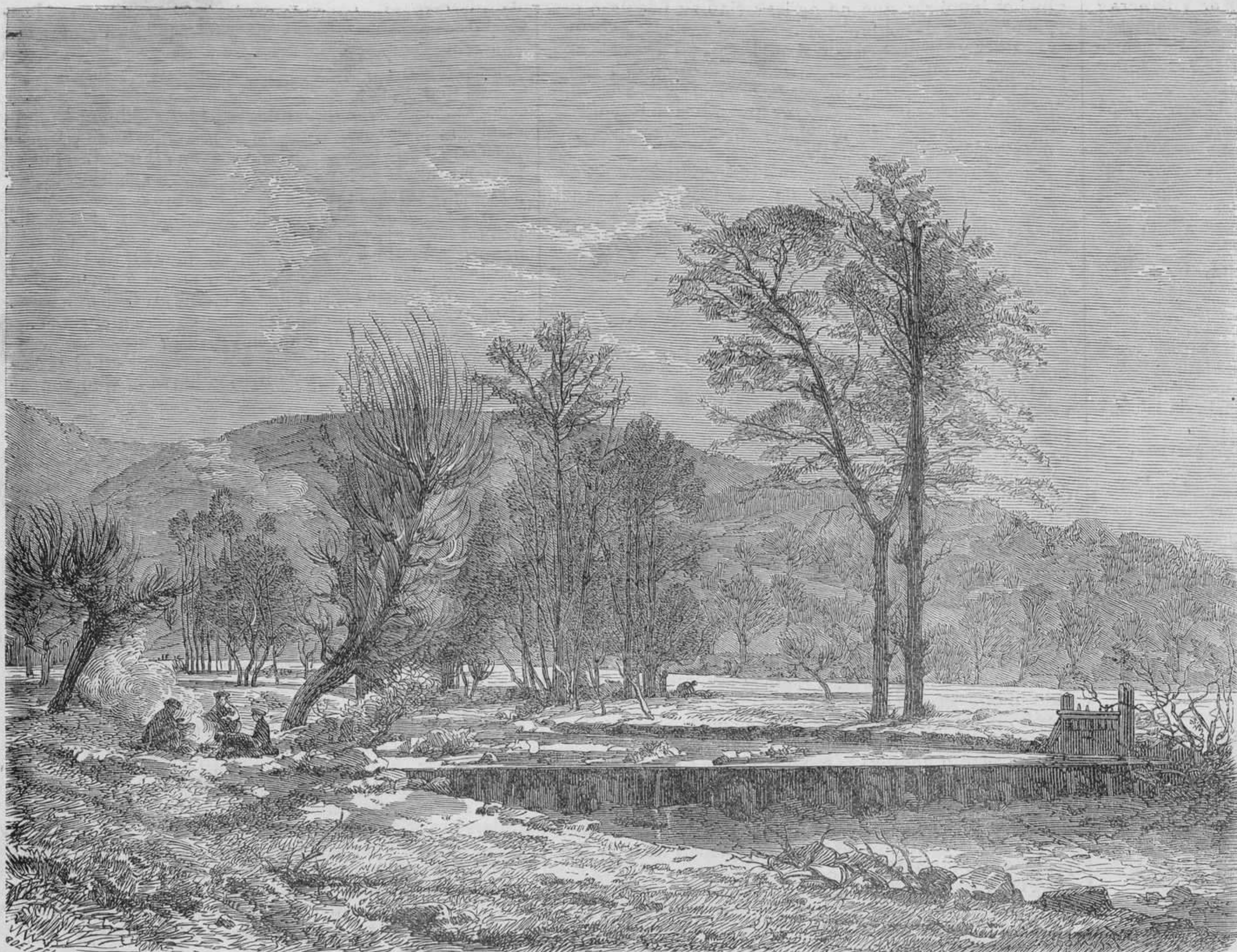
¿Hay nada mas alegre y mas vario que los retoños nuevos? Son blancos en los álamos y en los sauces, rojos en los granados, rubios como mi pelo en las copas de las encinas, violados á la punta de las ramas del limonero. ¿De qué color serán dentro de seis meses?

Dejemos esta idea. Los pájaros hacen sus nidos en los árboles; el mar azul baña suavemente la arena de la playa; el sol generoso derrama sus hermosos rayos de oro sobre mis pobres manos pálidas y delgadas; siento correr en mis pulmones un aire suave y penetrante como vuestra voz, madre mia.

Hay momentos en que me imagino que ese buen sol, esos árboles floridos, esos pájaros que cantan son otros tantos amigos que interceden en mi favor y que no me dejarán morir. Desearia tener amigos por toda la tierra, interesar á la naturaleza en mi destino, conmover á las piedras mismas, para que en el postrer instante se elevara de las cuatro partes del mundo una plegaria tal, que Dios se enterneciera. Dios es bueno y es justo; nunca le he desobedecido, nunca he hecho mal á nadie; poco le costaria dejarme vivir con lo demás de la gente, confundida en la muchedumbre de los seres que viven. ¡Ocupo tan poco puesto!

Por desgracia hay personas que deplorarian mi curacion; ¡ay! tienen derecho para ello; he contraído una deuda, y debo pagarla irremisiblemente.





Exposicion de 1857. — Un buen dia de invierno, cuadro y dibujo por M. Français.

De esas escenas de combate, de esos campos ensangrentados vamos á descansar la vista en el paisaje. — Se halla bastante generalizada la opinion de que el paisaje, cultivado por tantos artistas, es el género verdaderamente superior de la escuela de pintura moderna en Francia. La fama que han adquirido algunos artistas, la revolucion operada mediante el estudio real de la naturaleza en contraposicion al paisaje académico ó amanerado, en fin el atractivo natural de ese género agradable, han podido contribuir á consolidar esa opinion que no nos parece muy justa. Ha habido en juego muchas pretensiones orgullosas, ante las cuales ha sido preciso inclinarse, pero que no hallarán por cierto una posteridad tan complaciente como nosotros.



Las dos ranas cuadro por M. P. Rousseau.



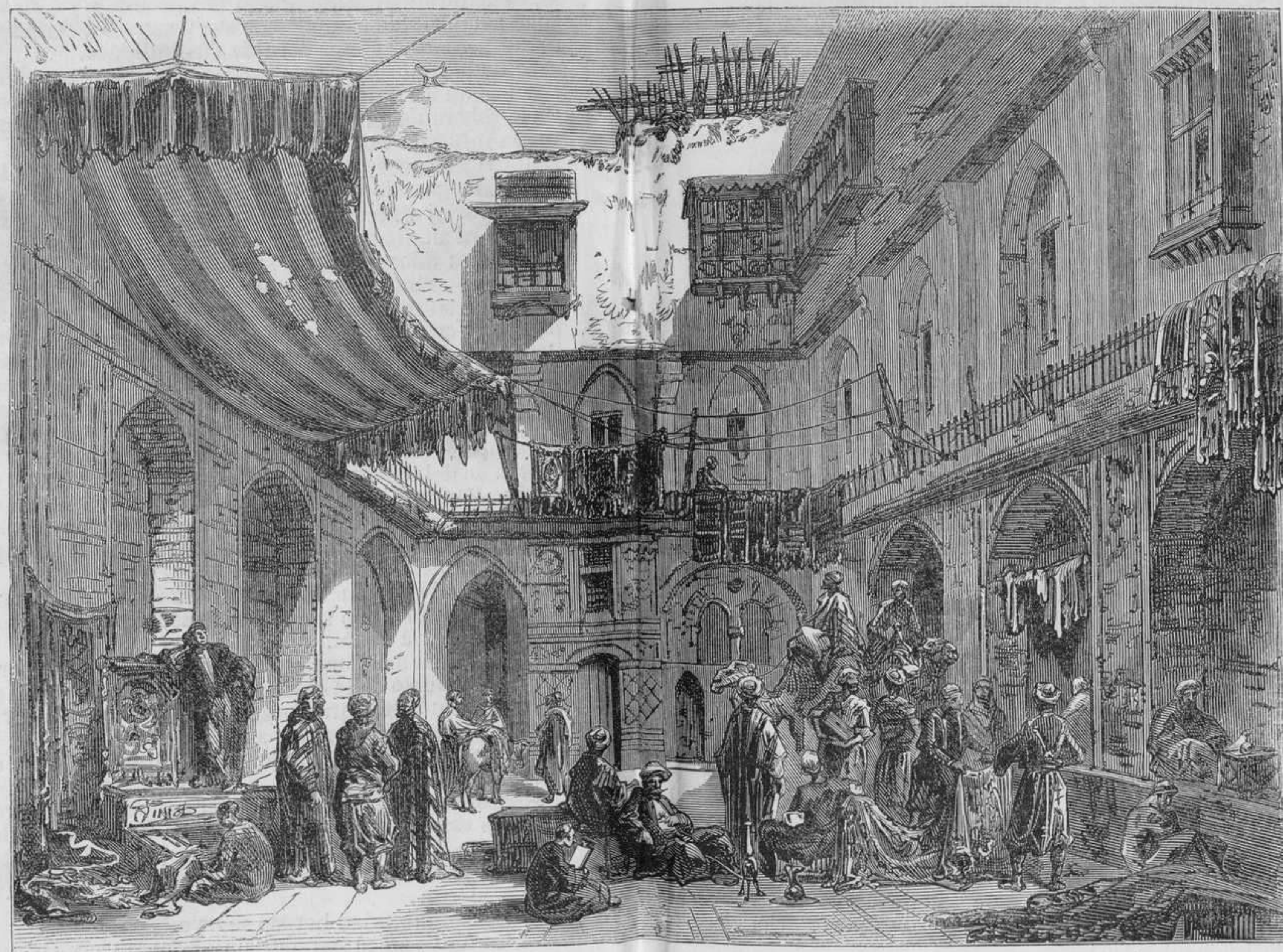
Jesus y la Cananea, cuadro por M. P. Flandrin.

vistas que son otros tantos estudios topográficos del mas alto interés; todo un museo de batallas de Crimea nos diria menos sobre las dificultades de la guerra de Crimea que ese conjunto de cuadros donde distinguimos la configuración y el aspecto del terreno. Otros pintores fueron á Oriente para estudiar los lugares de las escenas que querian reproducir, pero el relieve de la tierra es en sus obras cosa secundaria sacrificada á la accion. Aquí por el contrario el hombre desaparece en el espacio. Vistas panorámicas presentan grandes extensiones de ese pais, ó bien el aspecto de una ciudad improvisada sobre una playa antes desierta, Kamiesk, que despues recogió sus tiendas y ya solo existe en la memoria de los hombres y en el cuadro de M. Durand-Brager. Vemos tambien aspectos desolados, un suelo desnudo, estéril, de un color gris uniforme por donde cruzan rápidamente algunos soldados á través de algunas casas destruidas

por la artilleria; líneas de fortificaciones erizadas de cañones y cubiertas de humo, barrancos llenos de muertos y de proyectiles. Toda esa topografía reúne al mérito de la exactitud oficial el de una ejecución pintoresca y fácil.

En el número de cuadros de batallas figura la *Batalla de Inkermann*, por M. G. Dore, artista dotado de una rica imaginación y de una fecundidad inagotable. Hasta ahora solo se habia ejercitado en los dibujos; en su pintura se nota mucha falta de experiencia.

El *Desembarco del ejército francés en la Crimea*, por M. PILS, es uno de los cuadros mas celebrados de la Exposicion. Su aspecto es agradable, su colorido franco, y la ejecución digna de todo elogio. — Al lado de este cuadro hay una *Batalla del Alma* de M. H. VERNET, que con el lienzo de M. IVON completa la serie de obras notables presentadas sobre la guerra de Oriente.



Una calle del Cairo, figura por M. Crapelet.

No hay duda que la escuela moderna de los paisajistas franceses tiene un mérito incontestable, y es el de haber tomado por modelo la naturaleza. Esto parece tan natural, que todos deben preguntarse: ¿Y qué otro modelo podian haber tomado? — La respuesta es que durante mucho tiempo se han inspirado del gusto del dia, cuando la moda era contraria á la naturaleza, lo que sucedia muy á menudo. Pero como sucede siempre en las reacciones, al alcanzar los fines se va mas allá; porque volvieron á la naturaleza olvidan el ideal y el estilo; queriéndose apartar del amaneramiento se lanzan en la imitación servil; temiendo ser académicos se hacen vulgares, y bajo el pretexto de que la naturaleza es siempre hermosa,

creen inútil elegir y combinar, y se contentan con reproducir los asuntos mas pobres y mezquinos. A esta tendencia que bastaria para rebajar el arte, se añade un descuido en la ejecución que puesto en boca por algunos pintores cuyo talento hacia perdonar estas familiaridades con el público, se propagó rápidamente y se hizo, digámoslo así, el estilo comun. Ya nada se acaba en pintura, se pintan bocetos, y así se estampa á las obras un sello artístico mas pronunciado. Despues de estas observaciones preliminares que creemos útiles aquí porque ellas señalan una mala tendencia muy comun, entrariamos en el exámen de los paisajes que figuran

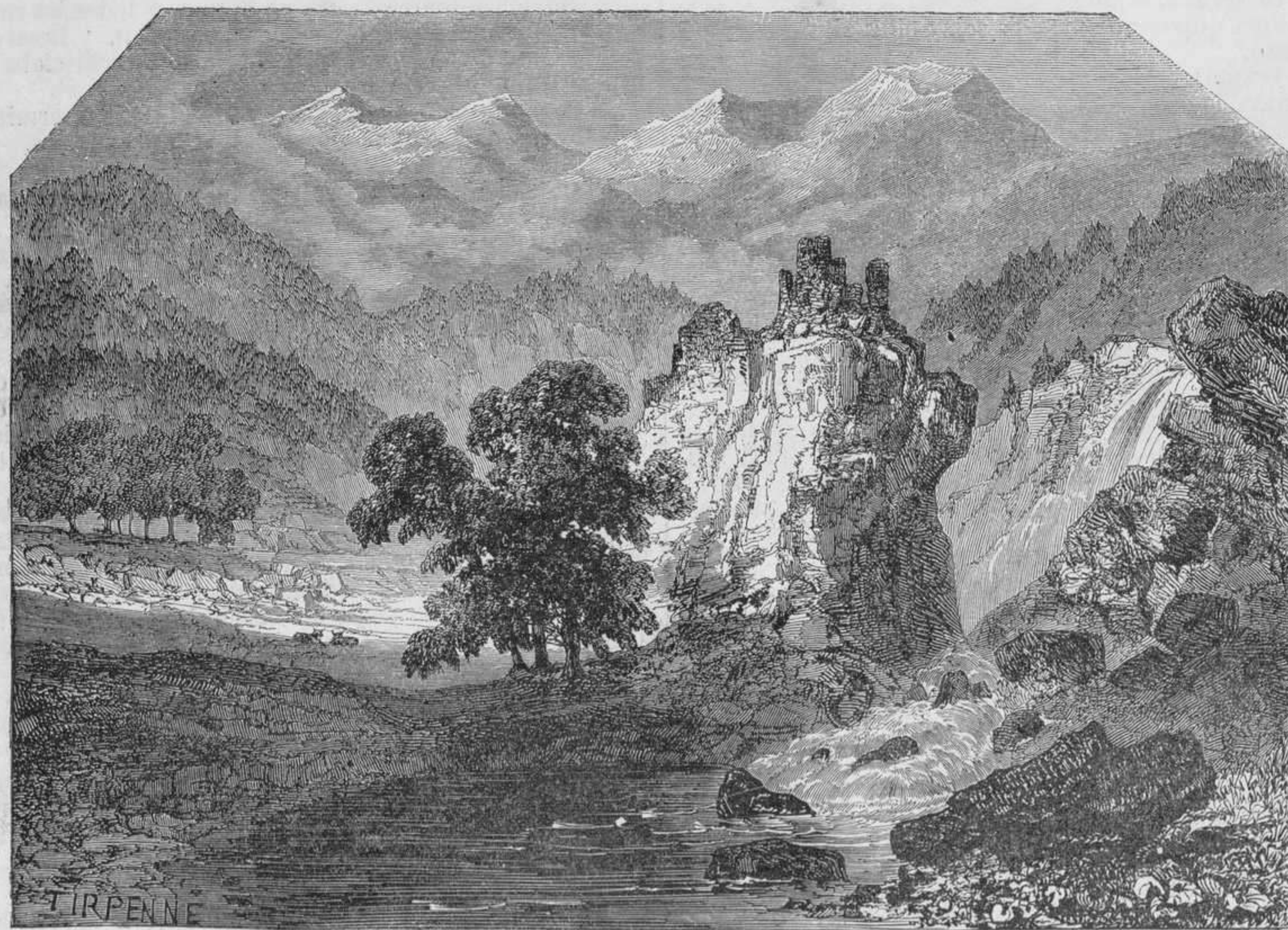
en la Exposicion, si no fuera porque los grabados de este número nos obligan á dejar el exámen para otro artículo; no obstante entre ellos se ven obras de dos paisajistas franceses, M. P. Flandrin y M. Français.

CUADROS REPRODUCIDOS EN ESTE NÚMERO.

P. FLANDRIN. *Jesus y la Cananea*. — M. P. Flandrin y M. Desgoffe, ambos discípulos de M. Ingres, son de los pocos representantes que tiene el paisaje de estilo. M. Desgoffe, de quien publicaremos una reproduccion en el próximo número, busca con preferencia en el paisaje el aspecto sereno, y si se arrastra bajo los árboles y sobre los prados á orillas de las selvas, es cuando el otoño ha secado la savia de las hojas y agostado la yerba; en la primavera debe encerrarse en su casa para no ver la ver-

dura, y no debe salir hasta que la campiña está curada de ese color que sin duda le es antipático.

M. Flandrin no tiene tendencias tan austeras; le gusta la naturaleza como un suave idilio del que quiere manifestar, no el acento y la vida, sino la armonia y la elegancia: le gustan la primavera, la verdura, los pastores tendidos á la sombra en algun valle recóndito; pero ve todas esas escenas encantadoras con ojeadas retrospectivas. Si se traslada á Montmorency ó al Delfinado tiene allí presente algun paisaje de la Ausonia; nunca se aparta de sus orillas amadas y conocidas, de sus fuentes sagradas, *inter flumina nota et fontes sacros*. Por eso no se debe hacer el mayor caso de las designaciones de sus cuadros en los catálogos de exposicion; si se quiere saber dónde están los sitios que inspiraron al artista, hay que saber buscarlos en las églogas de Virgilio. Así coloca á Jesucristo en su querida campiña *dulcia arva*. Que otros



Recuerdo de los Pirineos, dibujo por M. Tirpenne.



Un mercado, costumbres del bajo Maine, cuadro por M. de Latouche.



artistas vayan á la Siria y se inspiren con el aspecto del color local que tienen allí el cielo y la tierra; él no aspira á tan lejanas realidades, que no le son necesarias para la unidad ideal de la escena religiosa que ha concebido, la cual no perderá nada por pasar al pie de un muro y de los hermosos árboles de la villa Borghese. Este cuadro de un aspecto severo y velado de cierta gravedad melancólica, manifiesta cualidades de composición muy raras en el día en el paisaje realista que hoy está á la moda; pero sería de desear en él una ejecución menos igual en los terrenos y en los árboles, y en estas unas formas mas libres y menos amaneradas.

M. FRANÇAIS. *Un buen día de invierno.* — Si la naturaleza no siempre es hermosa, en cambio siempre tiene interés. El aspecto elegido por M. Français parecería uno de los menos interesantes de todos, cuando los árboles están despojados, cuando sus delgadas siluetas se destacan duramente en el cielo, cuando la nieve que se deshace al sol ensucia las colinas. El artista ha comprendido bien la triste escena que constituye el objeto del cuadro principal que ha presentado este año. Despues de un estudio hecho al parecer con tanta conciencia, se explica uno difícilmente cierta facilidad de pincel demasiado ligera en la ejecución de las ramas de algunos sauces cuyas copas presentan una enramada singular. También en primer término se nota que la nieve no tiene un aspecto verdadero; su colorido ceniciento es sin duda un sacrificio voluntario hecho por el pintor á la armonía de su obra.

M. PH. ROUSSEAU. *Las dos ratas.* — La bonita fábula de La Fontaine sobre la rata doméstica y la rata de los campos, es un precioso asunto que repetirán con frecuencia los pintores de animales. M. Rousseau le había elegido ya en 1845; este año nos lo presenta variado. El banquete es quizá menos exquisito y elegante, pero se ve que la rata doméstica que recibe á su compañera, vive siempre en una buena casa. — M. Rousseau ha expuesto diez cuadros.

M. CRAPELET. *Una calle en el Cairo; aguada.* — Esta calle pintoresca que dominan elegantes minaretes se halla ejecutada con franqueza, y su estilo libre y gracioso contrasta con el género frío de las antiguas aguadas.

M. TIRPENNE. *Un Paisaje, recuerdo de los Pirineos, dibujo.* — M. Tirpenne es un dibujante conocido; su paisaje es un poco fantástico, y recuerda muy poco los Pirineos; pero su autor le da únicamente como un recuerdo.

M. DE LATOUCHE. *Un mercado del bajo Maine.* — El autor ha trazado con verdad esta escena de costumbres locales.

J. D. P.

## Genio y figura...

(Conclusion.)

La tía Marta había echado al olvido la miseria que les amenazaba al oír las ocurrencias y la franca risa de su esposo, y convirtió también con el pensamiento en delicados manjares los rústicos que formaban su cena.

— Veamos, dijo su esposo cuando acabaron de cenar; hagamos castillos en el aire. Figurémonos que esta casucha es un magnífico palacio, estos bancos de madera blandos sillones forrados de terciopelo de Flandes, y ese endemoniado estruendo que forman el viento y la lluvia, una música deliciosa. ¡Ea! goza, goza de tantas delicias. Dices que estamos arruinados, y que el invierno se nos presenta tan negro como boca de lobo; no lo niego. ¿Pero no has oído leer nunca en los libros de encantamiento como á veces los desgraciados perseguidos por la fortuna contraria son visitados por la noche por un mago que les trae un tesoro despues de hacer el correspondiente conjuro?

— Blas, no digas disparates; veo que tan á lo vivo te has figurado que el agua era vino, que verdaderamente te se ha subido á la cabeza.

— La hora es la mas á propósito; la noche es negra como una mala conciencia; el agua cae de las nubes á cántaros; el viento brama por esos riscos como un toro de Jarama furioso, y será fácil atraer á alguno de esos genios que vuelan á estas horas por los aires montados en escobas ó en dragones que vomitan llamas. Le llamaremos, y nos traerá de seguro algun cofrecillo lleno de oro y de piedras preciosas que nos dejarán deslumbrados.

— Calla, Blas, que me das miedo.

El tío Blas se reía á carcajadas.

— ¡Espíritu benéfico, ven, ven, ven! decía con voz ronca y sepulcral.

Oyóse al mismo tiempo cerca de la puerta el relincho de un caballo y una voz sonora que gritaba:

— ¡Oh! abrid pronto, que estoy calado hasta los huesos!

Los dos esposos quedaron inmóviles de terror, y la alegría que rebosaba en el rostro del tío Blas se trocó en un instante en expresión de asombro y espanto, y palidez cadavérica invadió sus frecos y sonrosados carrillos. Los niños se despertaron prorrumpiendo en amargo llanto, y se asieron convulsivamente de su madre mirando en torno suyo con azorados ojos: el perro empezó á gruñir sordamente y despues lanzó prolongados aullidos, y el viento sopló en aquel momento con tan rabiosa furia que la pobre casa iba á ser arrancada de sus cimientos.

— ¡Abrid! repetía el desconocido que había desmontado y daba con una piedra tan enormes golpes en la

carcomida puerta que toda la casa resonaba con sordo estruendo.

— No abras, Blas, dijo la aterrada mujer levantándose de su banco con ademán desesperado, ¡no abras!

El tío Blas se había tranquilizado va y empezaba á reirse de su susto, aunque no dejaba de mantenerle perplejo é inquieto la aparición de un desconocido en su pobre albergue; pero al reflexionar que la lluvia caía á torrentes y que la noche iba cerrándose, creyó con razón que el que llamaba sería algun viajero extraviado que no se atrevía á continuar la media legua de camino que tenía que andar antes de llegar á la aldea inmediata.

— ¡Por la Virgen Santísima... no abras! decía la pobre Marta, y los niños acompañaron esta súplica con nuevo y amargo llanto. ¿Quién te asegura que no sea el espíritu que imprudentemente has evocado?

— La señal de la cruz, dijo Blas con serenidad y religiosa confianza, desvanece los espíritus malos, y sea hombre ó demonio, no negaré jamás la hospitalidad en una noche de perros como esta al que llama á mi puerta.

Y se dirigió á la puerta con ademán resuelto, quitó la palanca que la defendía de los ataques exteriores, y volvió al hogar precediendo á un caballero vestido de negro embozado en una larga capa, de rostro venerable y austero, y cuyas arrugas y las canas que plateaban su bigote indicaban que había pasado de la primavera de la vida.

— ¡La paz de Dios sea en esta casa! dijo con voz sonora quitándose el sombrero y sacudiendo la capa que estaba calada de agua.

— Dios os guarde, caballero, respondió el tío Blas, y seais bien venido á mi pobre choza.

— Entrad mi caballo y colocadlo como mejor podais, dijo el viajero. Si cesa la lluvia continuaré mi camino. ¡Qué noche! ¡qué noche mas horrible!

Y mientras el tío Blas colocaba el caballo al lado del asno, el desconocido se sentó junto á la lumbre, y fijó con avidez su mirada en Marta que con no menos asombro que sus hijos le miraba sin desplegar los labios.

## II.

Pocos momentos despues, cuando el desconocido tomó posesion de uno de los banquillos de madera que le había ofrecido el tío Blas, quien se reía para sus adentros del necio terror que le causara tan inesperada aparición, y mientras su esposa continuaba aun bajo el imperio de su supersticioso asombro; subió de punto el miedo de los sencillos aldeanos al oír de boca de su huésped las siguientes palabras:

— Veo por el aspecto de vuestra cabaña que sois pobres y que la suerte no os favorece; pero teneis un precioso tesoro, y yo vengo, guiado sin duda por la Providencia, á ofreceros como un genio benéfico un porvenir de dicha y de riqueza.

— ¡Un tesoro! exclamaron á un tiempo los dos esposos abriendo un palmo de boca.

— Sí, un tesoro, añadió el desconocido con amable sonrisa y mirando con extraña expresión á la tía Marta.

El buen aldeano no adivinaba el sentido de las palabras del viajero que encerraba para él un inexplicable enigma, y se aumentó mas y mas su asombro cuando oyó el siguiente diálogo entre su esposa y el desconocido:

— Perdonadme, señora, dijo este, si soy indiscreto, ¿qué edad tiene ese niño?

— Cuatro meses.

— ¿Nunca padecisteis dolencia alguna grave?

— Siempre he disfrutado de una salud envidiable.

— ¿Me permitiréis que os tome el pulso?

La tía Marta retrocedió llena de inquietud, y su esposo permaneció un momento indeciso entre creer si el caballero vestido de negro era un genio de gustos caprichosos ó algun loco.

— ¿Pero qué tiene que ver con el tesoro que nos ofrecéis, preguntó el aldeano, la salud de mi mujer?

Hora es ya de que expliquemos al lector el misterio que ha rodeado hasta este instante al personaje desconocido, y le suplicamos que contenga la desdenosa sonrisa que le causará tal vez nuestra sencilla explicación.

El viajero era el primer médico de cámara de la reina de las Españas, Luisa Maria Teresa, esposa de Carlos IV, y que huía de la corte, que se hallaba entonces en el castillo de Aranjuez, para meditar en la soledad de las aldeas sobre los medios de hallar una nodriza para el régio vástago que debía llamarse un día Fernando el Deseado.

Acababa de celebrarse su nacimiento con gran pompa, y aunque damas ilustres por su cuna se habían presentado á porfía para desempeñar tan honorífico cargo, el futuro monarca se empeñaba obstinadamente en rechazarlas, y mas de veinte nodrizas tuvieron que desistir de su empeño. El ilustre niño enfermó, como era consiguiente, de debilidad, y toda la corte se hallaba en la mayor ansiedad, principiando por el primer médico de cámara, sobre quien recaía principalmente la responsabilidad de tamaña desgracia.

El aspecto de la tía Marta le inspiró repentinamente una luminosa idea, y acabó de corroborarle en su proyecto el ver que el niño estaba robusto, y que la pobreza de la aldeana la obligaría á aceptar sin vacilar una posición que debía llenarla de orgullo.

El médico de cámara se resolvió á pasar la noche en la pobre cabaña del tío Blas, y antes de asomar el día se ausentó rápidamente para volver en un magnífico

coche cuyo aspecto aumentó el asombro de la aldeana. Su esposo había salido ya con los dos niños mayores y se hallaban trabajando en el campo.

— Tía Marta, dijo el médico al entrar, venid y subid con vuestro hijo á mi coche; estad segura de que no os arrepentireis de haberme seguido.

— ¡Qué coche mas hermoso! Creedme que me acuden tentaciones de tomaros la palabra, pues nunca he viajado en ruedas sino cuando fui en el carro que sale de Aranjuez todos los lunes para Madrid; pero sois de genio chancero, y ya desde ayer noche os habeis empeñado en burlaros de nosotros. Y vamos á ver, ¿á dónde quereis llevarme?

Temeroso el médico de que la aldeana se negara á seguirle si descubría el elevado cargo á que la destinaba, la suplicó con tantas instancias que se dignara acompañarle para hacer una obra de caridad, dando el pecho á un niño de una familia distinguida que la recompensaría generosamente, que la tía Marta accedió mas por compasión que por la esperanza de la generosa recompensa. Únicamente impuso la condición de que había de estar de regreso para llegar á tiempo á su pobre cabaña y poder preparar la cena para cuando su esposo volviera al anochecer con sus dos hijos de las faenas del campo.

El médico accedió á todo, y antes de entrar en el real sitio, se adelantó para anunciar á la reina su feliz hallazgo y participarla la ignorancia en que se encontraba la nueva nodriza acerca del elevado destino á que la ascendía la fortuna. Media hora despues la tía Marta fué introducida por una puerta secreta en el aposento de la reina, á quien saludó con franco desembarazo, no creyendo que tenía en su presencia á su augusta soberana.

— Señora, le dijo con amable sonrisa, este caballero me ha suplicado que viniera á salvaros un niño que teneis á las puertas de la muerte; el favor que me pedis no lo he negado jamás á ninguna de mis vecinas, y mucho menos podría negárselo á una señora tan hermosa y amable como vos.

— Gracias, respondió la reina con benigna sonrisa; me gusta tu presencia, y voy á entregarte al momento mi hijo. Este caballero, que es mi médico, no te ha dicho mi nombre ni la clase á que pertenezco, porque temía que el saberlo te causaría alguna turbación, perjudicaria á mi querido hijo. Pronto sabrás sin embargo, quién soy, y te lo recordarán eternamente mis beneficios.

— Señora, no he venido aquí por ningun interés y si tan solo para servirlos como á una amiga.

La aldeana estaba admirada al pasear sus miradas por el aposento donde se hallaba: deslumbrábanla las ricas colgaduras, los dorados y los grandes espejos donde se veía reproducida con su humilde traje, y lo que mas la admiraba era ver silenciosas y en humilde y respetuoso ademán á una multitud de damas que á juzgar por sus lujosos atavíos parecían de tan elevada condición como la señora de la casa.

La tía Marta no se turbó sin embargo al ver clavados en ella con burlona expresión los ojos de aquellas encoquetadas señoronas, y cuando una jóven deslumbrante por su belleza y su lujoso traje le presentó al régio vástago, la tía Marta exclamó con sencillez y con acento tan cariñoso que hizo verter una lágrima á la reina.

— ¡Pobrecito! ¡qué flaco y acabado está! ¿Sabeis, señora, que es muy lindo? Ven, ven, pobrecito. Veamos si eres tan goloso como mi Juan.

Y estampando dos sonoros besos en las pálidas mejillas del egregio infante con grande escándalo de todos los presentes, se lo puso en su regazo haciéndole francas caricias, y la reina vió con alegría y sorpresa que su hijo, que hasta entonces se había negado á tomar el pecho de cuantas nodrizas se habían presentado en palacio, permaneció mas de una hora en los brazos de la aldeana, donde se quedó profundamente dormido despues de haberse saciado.

— Ea, dijo entonces á la reina, ya teneis harto y dormido á vuestro hijo: permitidme ahora que me vuelva á mi casa, porque se va haciendo tarde y he de preparar aun la cena para mi marido.

— Es imposible que os vayais, dijo el médico; os quedareis en esta casa y seréis la nodriza de este niño. Confío que estareis satisfecha de las condiciones...

— Me habeis engañado, dijo la tía Marta interrumpiéndole con enojo; me dijisteis esta mañana que estaria de vuelta en mi casa para preparar la cena, y es forzoso que cumplais vuestra palabra.

— Si eso tan solo te apura, añadió la reina, mandaremos un coche á tu marido y cenará en mi casa. Pero ya ha llegado el momento de que te declare de quién es hijo el niño que has tenido en tu regazo y que te debe la vida. Estás en la corte.

La tía Marta interrumpió á la reina diciendo:

— Me importa muy poco saber vuestro nombre; veo que sois una señora muy amable y bondadosa, y eso me basta. No tenía intencion de servir de nodriza en la corte ni en el pueblo, pero los tiempos son malos y nos vendrá como pedrada en ojo de boticario el dinero que me deis por mi servicio. Yo soy muy franca, señora; quisiérais hacer tratos sin duda antes de tomarme en vuestra casa, pero os advierto que si me quedo á servirlos es por favor, y que recibiré sin quejarme lo que tengais á bien ofrecerme.

— Y quedareis sumamente satisfecha, dijo el médico que no podía reprimir la risa, porque esta señora es tan generosa como amable.

— Así me ha parecido desde que la he visto. ¿Qué quereis, señora? Hay caras que gustan á primera vista,

y la vuestra es una de ellas. El niño es además muy gracioso y ya le he tomado cariño.

Las damas de la reina escuchaban con placer este sabroso diálogo, tan contrario á todas las reglas de la etiqueta, y la tía Marta, desvanecida la primera impresion que le habian causado el lujo del aposento y la hermosura de la señora de la casa, estaba tan tranquila y tan á sus anchas como si se hallara en su pobre cabaña ó en casa de alguna de sus amigas de la aldea.

Apenas habian trascurrido dos horas cuando el tío Blas entró en el aposento de la reina y saludó con rústica franqueza, pues ignoraba, lo mismo que su esposa, que aquel lujoso palacio era la morada de sus monarcas. Es verdad que aun cuando lo hubiera sabido, hubiese seguido siendo tan franco y rústico como antes, pues mil veces habia dicho en los desahogos de la conversacion al lado de un amigo y de un vaso lleno de vino, que diria la verdad al mismo rey y que no callaria ni aun delante del hijo del sol, ni dejaria que se le pudiesen las palabras en el cuerpo.

Cuando los dos esposos se vieron solos en la habitacion que les habian destinado, dijo Marta:

— ¿Qué te parece, Blas... debemos quedarnos en esta casa?

— Debemos quedarnos; la casa es lujosa, la señora amable y buena, y son tantos y tan bien vestidos los criados que cruzan por esos salones, que creo que el caballero que hemos albergado esta noche no nos ha engañado al prometernos un tesoro. ¿No has visto esas coladuras, esos espejos y esas paredes cubiertas de oro? De seguro que el amo de esta casa es un gran señor, y que va á darte un salario crecido, aparte de los regalos, que no serán pocos.

— ¿Pero hemos de dejar nuestra casa y nuestro campo? Blas, piénsalo despacio antes de decidirte.

— Lo he pensado ya bastante, Marta; la ocasion la pintan calva, y mas vale pájaro en mano que buitre volando. Consiente en ser nodriza del niño, toma lo que te den y suspira por lo que quede; no te ajustes por meses, y fíate en la generosidad de esa señora, que á buen fiador no le faltan prendas.

No faltó quien oyó la conversacion de los sencillos campesinos y la contó á la reina que se rió á su sabor y mandó que los obsequiasen como á su propia persona. El tío Blas huronó por el palacio y supo con asombro que aquella opulenta casa era el palacio de sus monarcas, y el niño que habia estado en el regazo de su mujer, el heredero del trono; pero esta revelacion no modificó el lenguaje sencillo de la tía Marta; la cual repetia moviendo la cabeza.

— ¡Quién habia de figurarse que una señora tan llana y tan amable fuera la reina!

Una dama se presentó á anunciar á la nodriza que el príncipe se habia despertado. La tía Marta se presentó con su habitual desembarazo, y dijo á la reina que se habia decidido por fin á aceptar el distinguido cargo que le deparaba su buena suerte; accedió igualmente á que su hijo pasase á los brazos de otra nodriza, y fué tomando gusto á su nueva posicion, especialmente desde que vió que los embajadores, príncipes y grandes le hacian regalos considerables, al advertir que, aunque sencilla aldeana, merecia la amistad y la proteccion de la reina.

El tío Blas no pudo acostumbrarse á la vida cortesana; echaba de menos su cabaña, su huerto y sus campos; se lamentaba de no hallar en la mesa de palacio los rústicos manjares que algun dia formaron su delicia, y reparó con asombro en que habia perdido en los salones la alegría, la salud y el apetito que gozaba en la época en que al volver á su pobre albergue, hallaba una pareja cena y un sueño tranquilo.

La reina trató de premiar al tío Blas con un título de Castilla, viendo que su ignorancia le hacia incapaz para desempeñar empleo alguno, pero el buen aldeano solo aceptó un regalo que saciaba toda su ambicion: una modesta quinta rodeada de ricas haciendas donde vivió lejos de la corte hasta una avanzada edad, conservando constantemente su humor jovial, su traje de aldeano y sus sencillas costumbres, y cuando le decian que habia sido un necio en no aceptar un título de nobleza, respondia riéndose á carcajadas:

— No es la miel para la boca del asno; rústico y villano nací, y rústico pienso morir si Dios no me quita el conocimiento. Las pompas del mundo me hubieran robado la felicidad, la paz y la alegría. ¿Qué quereis? Cada cual es feliz á su modo. Es mi genio... y ya recordareis el refrán: *Genio y figura... hasta la sepultura.*

GREGORIO AMADO LARROSA.

### Marina.

#### ESCUADRAS DE FRANCIA Y DE INGLATERRA.

De unos estados interesantes debidos al brigadier de la marina española señor Lobo sobre las escuadras de Francia y de Inglaterra, tomamos los siguientes curiosos datos:

« La escuadra de esta última nacion, segun el resumen de dichos estados, se compone de 50 navios de hélice, 23 fragatas, 76 corbetas y buques menores, 5 bombardas, 5 baterías flotantes, 5 trasportes, 5 buques depósitos, 2 buques algibes y 166 lanchas cañoneras, lo cual forma un total de 337 buques, 6,573 cañones y una fuerza de 67,894 caballos. Hay además 113 buques de ruedas con 527 cañones y una fuerza de 27,816 caballos.

La marina de vela inglesa consta de 47 navios, 46 fragatas, 66 corbetas y otros 66 buques menores, ó sea un total de 243 buques de vela.

El total de la marina inglesa se compone de 684 buques con 15,723 cañones y una fuerza de 95,705 caballos. De esto, el total de buques armados es 180, entre ellos 12 navios de vela y 15 de hélice.

Inglaterra tiene apostaderos ó estaciones navales en Malta, en el Norte-América y Antillas Occidentales (Quebec é isla Jamáica); en la costa S. E. de América (Rio Janeiro y Rio de la Plata); en el cabo de Buena Esperanza (Bahía Siman), en la costa occidental de Africa (Sierra Leona), y en el Pacifico.

La marina francesa de vapor se compone de 28 navios de hélice, 19 fragatas, 34 corbetas y buques menores, 26 trasportes, 5 baterías flotantes y 28 cañoneras, formando un total de 150 buques de hélice con 4,743 cañones, y una fuerza de 48,655 caballos. Tiene además 17 fragatas de ruedas, 36 avisos y 14 buques pequeños, con un total de 469 cañones y una fuerza de 16,340 caballos.

La marina de vela francesa se compone de 14 navios, 40 fragatas, 34 corbetas ó bergantines, 5 bombarderas y 26 trasportes con 3,782 cañones. El total de buques de la marina francesa asciende á 340, con 8,525 cañones y una fuerza de 65,495 caballos. El total de buques armados es de 178, de los cuales 48 son de hélice, 51 de ruedas y 79 de vela.

Francia tiene apostaderos ó estaciones navales en la Argelia, en el Senegal, en la Guyana, en el Norte América y Antillas, en la India y China, en la Oceania y el Brasil, rio de la Plata.

Comparando estos datos, resulta que la marina inglesa de hélice, que consta de 328 buques, es superior á la francesa, que solo tiene 150; que en la de ruedas Inglaterra tiene la misma superioridad, ó sean 113 buques contra 67 que cuenta la Francia, y en la de vela los buques ingleses ascienden á 243, mientras que los franceses no pasan de 123, la mitad casi de fuerza marítima.

Inglaterra no cuenta en su marina de guerra un solo buque de transporte; así es que ahora, para llevar sus tropas á la India, ha tenido que recurrir á la marina mercante, y esta le ha proporcionado para ello « buques de vela. »

Francia, al contrario, cuenta 26 trasportes de hélice, contruidos ex-profeso para llevar tropas y caballos. De los 26, 19 pueden conducir cada uno 1,000 hombres. Además, tiene 22 trasportes de vela, el que menos de 300 toneladas, siendo 7 de ellos de 800, y pudiendo acomodar á su bordo, con todo desahogo, cada uno de los últimos 600 hombres. ¿Cuánto no hubiera dado Inglaterra por tener en estos momentos en su marina los 19 trasportes grandes de hélice que posee la Francia, para llevar en ellos inmediatamente de 15 á 20,000 hombres á las costas del Indostan?

El año 1853 solo contaba la Francia un navio con hélice, el *Napoleon*. En la actualidad tiene treinta y ocho.

Todas las máquinas de vapor de los buques de la marina francesa, excepto 15, han sido hechas en las fábricas de Francia.

La Inglaterra tiene en activo servicio 21 almirantes, 27 vice-almirantes, 51 contra-almirantes, 371 capitanes de navio, 630 capitanes de fragata, 1,122 tenientes de navio, 50 alféreces de navio, 338 primeros pilotos y 106 segundos.

Dos generales, dos tenientes generales, cinco mayores generales, cinco coroneles comandantes, cinco coroneles segundos comandantes, 19 tenientes coroneles, 118 capitanes, 180 primeros tenientes, 83 segundos tenientes de infantería de marina. Un coronel, dos tenientes coroneles, 15 capitanes, 37 primeros tenientes, tres segundos tenientes de la artillería de marina.

Francia tiene en activo servicio dos almirantes, 12 vice-almirantes, 22 contra-almirantes, 109 capitanes de navio, 232 capitanes de fragata, 667 tenientes de navio, 497 alféreces de navio, 153 guardias marinas de primera clase (aspirantes de primera clase, 56), 98 guardias marinas de segunda clase, un inspector general de ingenieros de marina, cuatro directores de construcciones navales de primera clase y un inmenso personal administrativo y de infantería de marina.

### La Cartuja de Bosserville.

A legua y media de Nancy en las risueñas orillas del Meurthe, se eleva un convento magnífico, grandioso, de una regularidad perfecta y en extremo imponente. La vista del viajero se detiene en ese hermoso conjunto de construcciones dominado por una iglesia. La primera impresion no da la idea de una Cartuja, palabra que despierta ideas de soledades rústicas, de rocas escarpadas y desiertas cubiertas de celdillas y de edificios irregulares. Parece mas bien alguna rica abadía de benedictinos, y sin embargo, es una Cartuja poblada aun de piosos discípulos de san Bruno.

Hace dos siglos en ese lugar llamado Bosserville no se veia mas que una modesta iglesia con algunos raros vestigios de un castillo demolido en el siglo XVII como todos los de la Lorena por la invasion francesa, y de unas cuantas casas que amenazaban ruina. Los bosques contiguos habian sido devastados, los prados estaban llenos de matorrales y de espinas, las viñas arrancadas. Habiendo recobrado el duque de Lorena Carlos IV sus Estados hereditarios á fines del reinado mas largo y borrascoso que tuvo el ducado, concedió en 1666 su dominio de Bosserville á los cartujos establecidos desde 1632 en Santa Ana cerca de Nancy con todos los derechos de

justicia y otros privilegios. Se erigió el nuevo convento en conformidad á la intencion del general de la órden con el título de *Cartujos de la Inmaculada Concepcion*. Carlos IV colocó la primera piedra del edificio cuyos planos habian sido levantados por el ingeniero Collignon. Mas tarde el arquitecto italiano Giovanni Betto fué encargado de dirigir las construcciones, y él sin duda dió el plano de la iglesia.

El duque Carlos no debia ver terminada la obra que habia fundado: en 1670 tuvo que abandonar nuevamente sus Estados que no vió mas, y que fueron invadidos por Luis XIV á la cabeza de un poderoso ejército. Sin embargo, gracias á las protecciones poderosas que tenian en la corte de Francia, y gracias sobre todo á la influencia de Colbert, del P. Le Tellier y de la duquesa de Chevreuse, los cartujos obtuvieron la continuacion de una parte de las rentas que les habian sido señaladas por su fundador.

En las vastas construcciones de Bosserville se emplearon piedras de sillería procedentes de las soberbias fortificaciones de Nancy demolidas por órden del rey de Francia, y tambien de los restos de los castillos antiguos de Conde del Moselle y de Pont-Saint-Vincent. En 1691, las obras concluidas habian costado ya 126,000 libras, y se calculaban lo menos en 77,000 libras las que quedaban por hacer. El año siguiente César Bagard y su hijo, escultores de Nancy, ejecutaron la gran figura de la Inmaculada Concepcion que corona el pórtico de la iglesia y las otras cuatro estatuas que se ven en la fachada, á saber: el profeta Elias, san Juan Bautista, san Pablo y san Bruno.

Esta hermosa y vasta iglesia donde el órden jónico se ve mezclado con el órden corintio, fué consagrada el 7 de octubre de 1712 por el señor Camilly, obispo de Toul, en presencia de Leopoldo, duque de Lorena, de tres príncipes de Alemania y de los principales señores de la corte de Lorena. Cinco años despues, en 1717, el cuerpo del duque fundador que hasta entonces habia estado en depósito en el convento de capuchinos de Coblentz, fué llevado á la bóveda donde se le dió sepultura sin ninguna pompa fúnebre; el servicio se celebró algunos dias despues. En 1723 el hijo de Carlos IV, Carlos Enrique de Lorena, príncipe de Vaudemont, soberano de Commercy, fué enterrado tambien en la bóveda de Bosserville.

Hasta el año de 1731 no se concluyó la construccion de la Cartuja que se habia principiado en 1666; las obras habian durado sesenta y cinco años. Menester fue toda la perseverancia de los religiosos y toda la proteccion que les dispensaron, para que les fuese posible llevar á buen fin una empresa tan gigantesca.

Sesenta años habian trascurrido desde la conclusion de las obras, cuando la revolucion arrojó á los piosos cenobitas de aquel asilo sagrado. La Cartuja se convirtió en hospital, y en 1798 se sacó á pública subasta como propiedad nacional y fué vendida por la suma de 3.300,000 francos á unos comerciantes de Nancy y de Luneville que establecieron en ella una manufactura.

El acta extendida con motivo de esta venta y el plano á vista de pájaro de la *Cartuja ducal de Bosserville*, grabado por Nicole en 1762, nos dan á conocer la antigua distribucion del edificio. En los cuerpos próximos á la iglesia por el lado izquierdo se hallaban las habitaciones del prior, luego los archivos, la biblioteca y la botica. A la derecha de la iglesia estaban los aposentos del coadjutor y la sala de los hermanos. Habia tambien cuartos para los viajeros, pues la hospitalidad es de regla en la órden. El capítulo estaba entre el claustro pequeño que aun en el dia encierra el cementerio y el claustro grande sobre el cual se abren todas las celdas.

Triste es recordar los actos de vandalismo cometidos en el monasterio en la época revolucionaria. Las muchas obras de arte, pintura, estatuas, etc., fueron vendidas ó destruidas.

La manufactura no prosperó, y 1814 los edificios fueron de nuevo transformados en un hospital para los desgraciados soldados que enfermaban durante la campaña de Sajonia. Desde entonces la Cartuja no tuvo ya un destino particular; era una casa de campo, que se hacia muy onerosa para su dueño. El mal estado de una parte de las celdas decidió á este á ordenar su demolición; y ya se habia dado principio á la obra, ya habian caído varias celdas por el lado de Nancy cuando algunas personas afligidas al ver que sacrificaban tan hermoso edificio resolvieron salvarle. Llamar religiosos á la Cartuja para impedir su derribo les pareció con razon el único medio de conservarla.

Gracias á la ilustrada iniciativa de M. Guerrier de Dumast y á la generosidad de muchos particulares, entre los cuales es justo citar al conde de Ludres, Bosserville pudo abrir en breve sus puertas á los religiosos. El primero que entró fué uno que cuando estalló la borrasca, pudo salvar el dinero de la comunidad que ascendia á cincuenta mil francos. Durante cerca de cuarenta años, este dinero habia producido y sirvió para ayudar á rescatar la Cartuja que de esta manera se libertó como por milagro.

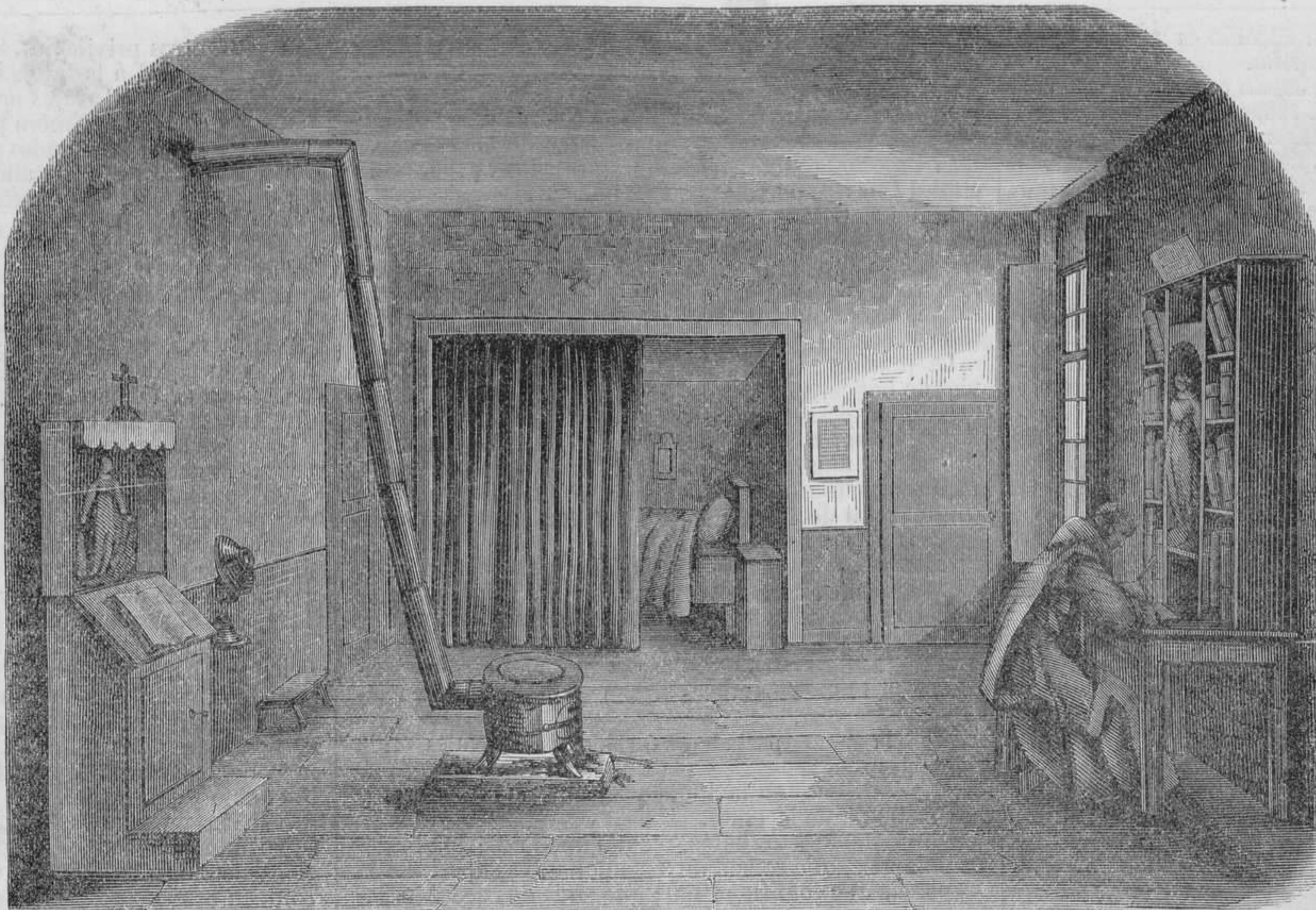
Hoy el monasterio ha recobrado su fisonomía primitiva; en su exterior no se ven ya las huellas destructoras; una de las celdillas caídas está ya reedificada y las otras se levantarán con el tiempo. Todas las que han quedado en pié están habitadas, y cada religioso puede orar en paz y cultivar el rincon de tierra contiguo á su celdilla.

La iglesia restaurada con gusto, está como en otro tiempo dividida en tres patios: el coro de los religiosos adornado con artesonados procedentes de la antigua abadía de Salival, y con un hermoso cuadro que representa

la Asuncion de la Santísima Virgen; el coro de los hermanos, y en fin la nave reservada á los forasteros.

El convento posee una biblioteca que tiene unos seis mil volúmenes, entre los cuales figuran obras preciosas. En el refectorio de los forasteros se ve un buen retrato del duque Carlos IV.

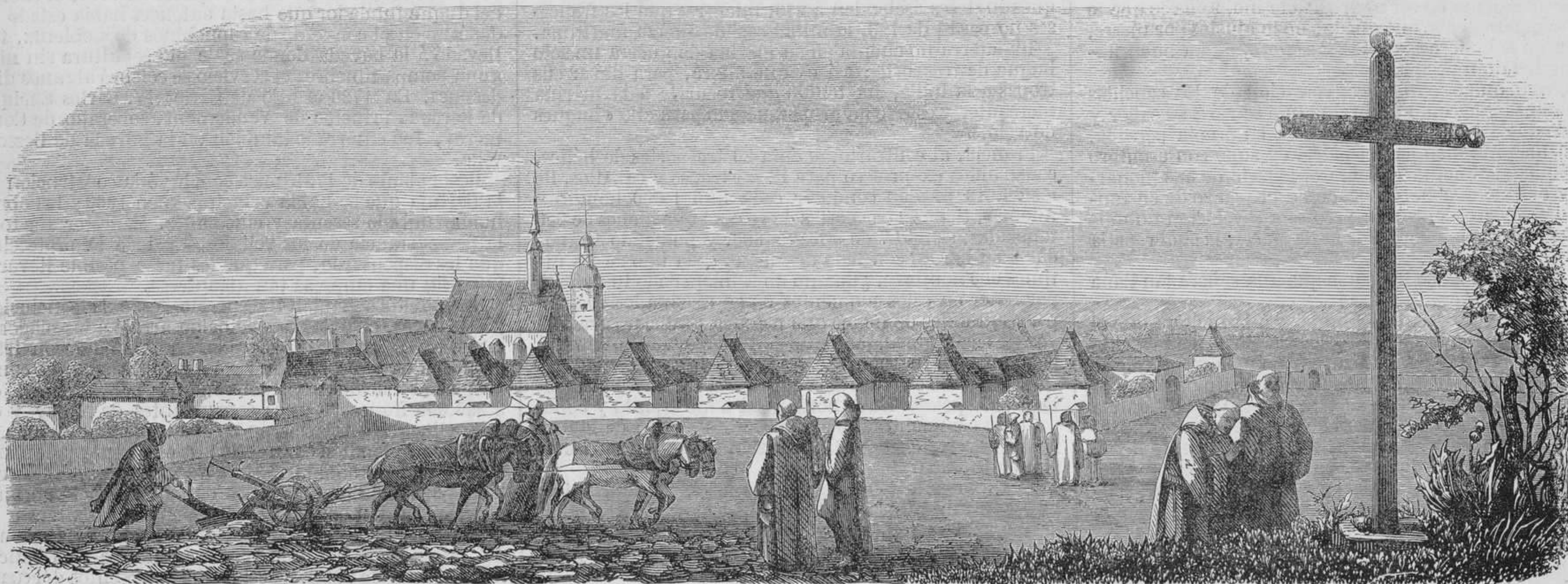
La vida de los cartujos está consagrada, como es sabido, á la oracion y al trabajo: tienen ocho horas de oficios y de rezos, de ellas tres y media de noche; siete horas y media de trabajo y de estudio, y ocho horas y media de sueño. Comen un potaje, un plato de legumbres y de pescado y cenan de lo mismo, pero solo la cuarta parte del año; el tiempo restante hacen colacion con pan y vino y ayunan á pan y agua todos los viernes. Su regla que les prohíbe el uso de



Una celda en la Cartuja de Bosserville, cerca de Nancy.

la carne, les impone la soledad y el silencio; solo están exceptuados el prior y el procurador de cada casa. La entrada hasta en la iglesia está prohibida á las mujeres. Los religiosos llevan un hábito, un escapulario y un capuchon de lana blanco. Bosserville, como las otras casas de la orden, depende de la Cartuja principal del Delfinado.

Aconsejo á los viajeros que llegan á Nancy y tienen algunas horas disponibles, que vayan á visitar la Cartuja; no sentirán el tiempo que consagren á esta corta excursion. El hermano portero que con su larga barba canosa tiene el aspecto de un religioso de la otra época, introduce al forastero en el convento y se le enseña. Primero se suben las escaleras que conducen á un vasto terrado desde donde se ve un panorama

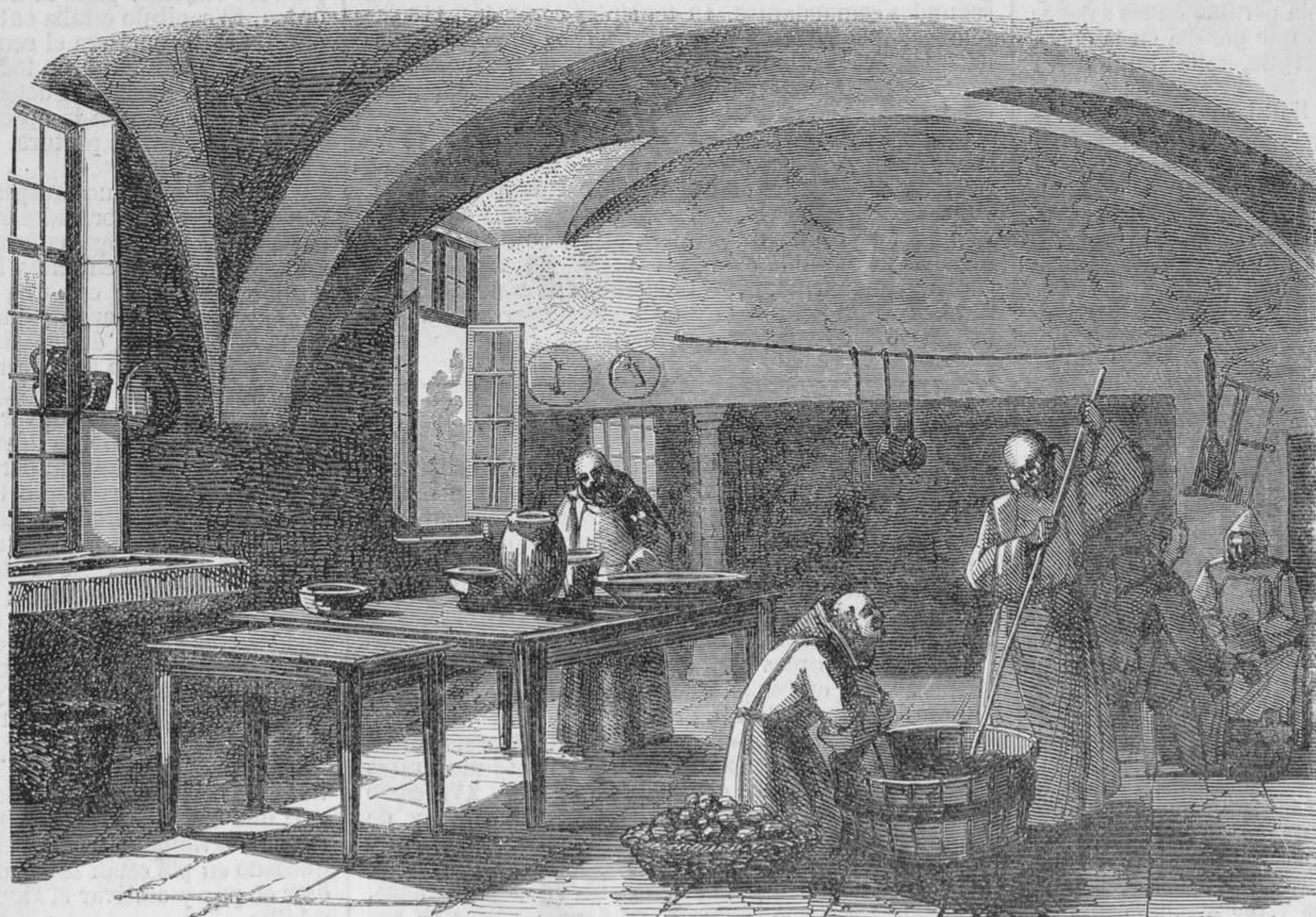


Vista general de la Cartuja de Bosserville.

notable; á la izquierda se distinguen las torres majestuosas de San Nicolás del Puerto, antiguo lugar de romería; se ve correr el Meurthe con sus márgenes llenas de elegantes casitas y de hermosos prados; á la derecha el paisaje limitado por Nancy, se extiende á lo lejos en la llanura con sus largos arrabales.

Después de haber contemplado algunos momentos esta vista magnífica, se llega á la iglesia. Si se entra durante los oficios, se ve detrás de las rejas una larga hilera de monjes en sus sillas de coro; su canto grave y severo inspira reflexiones austeras.

Cuando se ha atravesado el campo santo poblado de crucecillas de madera, se penetra al fin en un claustro inmenso. En la puerta de cada celdilla se leen inscripciones que son como el adiós de los religiosos al mundo. Generalmente son ver-



Cocina de la Cartuja de Bosserville.

sículos de la Sagrada Escritura ó de la *Imitacion* relativos á la vida monástica. Aquí se lee un consejo para el forastero que visita aquellos lugares, allí un arranque del alma hácia la vida del claustro, como estas sencillas palabras que se me han quedado en la memoria: «*O beata solitudo! O sola beatitudo!*»

Es difícil visitar el interior de una celdilla; para que den permiso ha de haber alguna desocupada, lo que no sucede con frecuencia. El dibujo que acompaña á este artículo ha sido ejecutado en una de las celdas. — Por último, cuando se ha recorrido ese claustro vastísimo donde se oye el ruido de todos los pasos, el forastero deja esa soledad tan próxima á un lugar populoso y sin embargo tan apacible, dominado por una impresion religiosa de recogimiento y de respeto. L. L.



Los diputados de las ciudades d. la alta Hungría presentando los productos nacionales al emperador de Austria, en Pesthurgo.

**Contra tristeza, cantares.**

(A DON ANTONIO ARNAO.)

## I.

Tu corazón, hermano,  
Triste suspira...  
Comprendo la tristeza  
Que le domina,  
Como comprendo  
La tristeza que al mío  
Dominó un tiempo!  
Esperanzas de gloria  
No realizadas,  
Amores sin ventura,  
Promesas falsas,  
Males de ausencia,  
Tales fueron las causas  
De mi tristeza!

Lloré desconsolado  
Días y días,  
Creyendo que mis penas  
Se endulzarían;  
Mas ¡cómo el llanto  
Ha de endulzar las penas  
Si es tan amargo!

En un corro de gente  
Que le escuchaba  
Vi un anciano cantando  
Con su guitarra...  
¡Cantan los ciegos,  
Y lloramos nosotros  
Que la luz vemos!

Acerqueme y le dije:  
«Dichoso anciano,  
Vos cantais y yo vivo  
Siempre llorando,  
Aunque mis ojos  
Ven el cielo y las flores  
Y el sol hermoso.

» Mi corazón consume  
Negra tristeza,  
Y el contento en el vuestro  
Siempre se alberga.  
Decidme cómo  
Siendo tan desdichado  
Sois tan dichoso!»

— Oye y nunca lo olvides,  
Respondió el ciego,  
Y entonó acompañado  
De su instrumento:  
«Canta y no llores,  
Que cantando se alegran  
Los corazones.»

## II.

Cuánto bien me hizo el ciego...  
Dios le bendiga,  
Pues me fué desde entonces  
Dulce la vida.  
Hoy mis cantares  
Son bálsamo que cura  
Todos mis males.

Si tienes una lira  
Mas sonora  
Que la lira que pulso  
Yo á todas horas,  
¿Porqué con ella  
No disipas, hermano,  
Tanta tristeza?

¿No hay en tu patria flores?  
¿No hay cielo puro?  
¿No hay arroyos y fuentes?  
¿No hay mar cerúleo?  
¿No hay un sol claro?  
¿No hay luceros y estrellas?  
¿No hay verdes campos?

¿No hay gentiles doncellas  
Cuya mirada  
Como el sol de Castilla  
La nieve inflama?  
¿No hay en el suelo  
Donde naciste anales  
De gloria llenos?

¿No hay muros y castillos  
Que en la memoria  
Despiertan el recuerdo  
De antiguas glorias?  
¿No hubo una lucha  
En que fué hecha pedazos  
La media luna?

¿No hubo aquí una Numancia?  
¿No hubo un Sagunto?  
Para luchar con Roma,  
¿Cántabros no hubo?  
¿No es esta patria  
De Pelayos y Cides?  
¿No es esta España?

¿No te parecen dignos  
De tus cantares  
La virtud, la fe santa  
De nuestros padres,  
El amor puro,

El saber, la inocencia  
Y el infortunio?  
Canta y serás bendito  
De cielo y tierra;  
Canta y serás salvado  
De la tristeza,  
«Canta y no llores,  
Que cantando se alegran  
Los corazones.»

## III.

Recuerda las mañanas  
Primaverales  
En que, dando al olvido  
Nuestros pesares,  
Como dos pájaros  
Cruzábamos el bosque  
Los dos cantando.

Los árboles, las fuentes,  
Los arroyuelos,  
Los pájaros, las flores,  
El sol, el cielo,  
Todo era, todo,  
Caudal de poesía  
Para nosotros.

Allí sí que era dulce  
Soñar despiertos  
Gloria y amor que siempre  
Fueron tus sueños,  
Fueron los míos,  
Fueron los del que siente  
Como sentimos.

Allí sí que era dulce  
Y hermoso el santo  
Recuerdo de la aldea  
Donde llorando  
Viven mis padres,  
Donde esperan mi vuelta  
Quince años hace.

Allí sí que era dulce  
Pensar, hermano,  
En la inocente virgen  
Con quien soñamos.  
Allí sí que era  
Dulce pasar las horas  
Entre quimeras.

Pues si fueron tan dulces  
Esos instantes,  
Si ahuyentamos cantando  
Nuestros pesares,  
¿Porqué no ahuyentas  
Cantando como entonces  
Esa tristeza?

¿Bajo el techo paterno  
Vives hoy día,  
Y abandonada y muda  
Yace tu lira?  
¿Qué es de la santa  
Inspiración que un tiempo  
Te arrebatada?

Canta y tus infortunios  
Cantando olvida,  
Canta, que Dios para eso  
Te dió la lira;  
«Canta y no llores,  
Que cantando se alegran  
Los corazones.»

## IV.

¿Quién, si se ve abrumado  
Por la tristeza  
Y le anima el espíritu  
De los poetas,  
Quién no demanda  
Solaz á sus cantares?  
¿Quién, pues, no canta?

Cantan con entusiasmo  
Milton y Homero,  
Cuyos dolientes ojos  
No ven el cielo,  
Ni el sol ni el campo,  
Ni las flores que esmaltan  
Huertos y prados.

Cantan Tasso y Macías  
En cuyo pecho  
Arde el amor y habitan  
Penas sin cuento;  
Cantan Cervantes  
Y Camoens, en desdichas  
Y en genio grandes,

Y alza á Dios sus cantares  
El rey poeta  
Cuando tribulaciones  
Do quier le cercan,  
Cuando su hijo  
Le persigue, y le venden  
Deudos y amigos.

Si Dios te ha dado el alma  
Y el infortunio  
De esos cisnes que adora  
Y admira el mundo,  
¿Porqué como ellos  
No elevas tus cantares  
Hasta los cielos?

Mas ya de nuevo tomas  
Tu dulce lira,  
Y á cantar te preparas...  
Dios te bendiga,  
Pues tus canciones  
Siempre ensalzan lo santo,  
Lo hermoso y noble!  
Canta pues, ya que sabes  
Cantar, hermano;  
Canta ya que estás triste  
Y atribulado;  
«Canta y no llores,  
Que cantando se alegran  
Los corazones.»

ANTONIO DE TRUEBA.

**LA VENGANZA DE LOS HOMBRES**

POR LA JUSTICIA DE DIOS.

## EPISODIO HISTORICO.

## I.

## EL PLAZO.

El año de 1304 espiraba.

Era la media noche, y Palencia dormía tranquila; en sus calles desiertas y oscuras reinaba el mas profundo silencio; no se percibía otro ruido que el de la lluvia, cuyo monótono son hacia mas lúgubre la noche.

En un espacioso salon apenas alumbrado únicamente por la lámpara que pendía de su bóveda, estaba arrodillada delante de un reclinatorio una mujer hermosa, cuya esbeltez hubiese envidiado la gacela, y cuyos negros ojos en nada cedían á los de esas huries que adora el africano. Con sus manos cruzadas sobre el pecho y su frente inclinada, parecía absorta en la oración: á poco levantó la cabeza, y se vieron rodar por sus mejillas dos lágrimas comparables solo á las cristalinas gotas del rocío de la primavera; su pecho dejó escapar un suspiro que perfumó la estancia, y su voz, dulce como los cantares de Salomón y tierna como las plegarias de David, pronunció un ¡ay! lastimero, que volando fue á perderse en los dorados arabescos de la habitación. Casi al mismo tiempo, como si el Supremo Hacedor hubiese querido contestar á aquel acento del alma, el tableteo del trueno hendió los aires, y al expirar los últimos ecos que se repetían en la velocidad de su carrera, el galope de un caballo vino á herir los oídos de aquella hermosa mujer. Este ruido cesó delante de la casa, y pasados algunos instantes entraba en el salon un apuesto caballero de marcial talante y ademanes nobles.

Era don Juan de Benavides, favorito del rey Don Fernando IV.

— Señora, el cielo os guarde.

— Bien venido, noble don Juan.

— Estais pálida, y es dolor que se marchiten las rosas de vuestro semblante.

— El cansancio de la vigilia y los tormentos del alma no es extraño que cambien en rosas las azucenas.

— ¡Tormentos dijísteis, señora! ¿quién pudiera causarlos?

— Lo sabreis, don Juan, y esta noche precisamente os aguardaba para eso.

— Os escucho.

— Quisiera referiros una historia.

— Viniendo de vuestros labios ha de ser por fuerza interesante.

— Vió la luz de Castilla una mujer que hermosa y llena de encantos vivía tranquila. Jamás se oscureció el sol de su felicidad; jamás su dulce sueño fué perturbado por las ansiedades del corazón; arrullada en su niñez por la inocencia, y mecida despues por la ignorancia del mundo, se resbalaban los días de su vida sin que para ella hubiese acabado la infancia.

Un famoso torneo se preparaba en la corte, y el día en que los caballeros castellanos se disputaron el premio de su destreza, vió esta niña el mundo por primera vez. Entre los muchos donceles que mantuvieron la fiesta, habia uno cuya gallardía y gentileza eclipsaba la de todos los otros: sus ojos estaban siempre fijos en nuestra jóven, que sorprendida al principio, turbada despues, y embriagada al fin, envió toda su alma al noble guerrero: favorecióle la suerte; el premio fué suyo, y al ofrecerlo á la dama, le dijo en cadencioso romance palabras de amor: aun las conserva la historia.

— Podeis callarlas, interrumpió con tono indiferente el caballero, puesto que nada robarán al interés de la narración.

— Sois poeta, don Juan, y pueden deleitaros.

Te ví et cobdió tu amor,  
Et grande el esfuerzo hobiera,  
El al mi brazo, señora,  
Donásteis sin par firmeza,  
Et maglier cien campeones  
Fecistes mia la palestra.  
Así justo es que á tus piés  
Ponga la mi gloria entera,  
Ca solo á tu fermosura  
Debdo soy de aquesta prenda.

— Teneis una memoria feliz, señora.  
 — ¡Pluguiera al cielo que no fuese así! Atended á lo que resta.  
 Pasaron muchos dias; ella siempre amando á su caballero, él pareciendo amar á su dama: se cambiaron promesas, se consagraron juramentos, y creciendo el amor se extraviaron en sus caminos...  
 — Señora, ¿estaríais arrepentida de haberme amado? dijo don Juan, cuyo aplomo iba desapareciendo.  
 — Me arrepiento de haber sido criminal.  
 — Y bien...  
 — Hace poco me preguntábais la causa de mis tormentos; ¿no la adivináis aun? Tengo que ocultar al mundo mi frente porque está manchada, y esa mancha es preciso borrarla.  
 Doña Margarita levantó con orgullo la cabeza y miró fijamente á don Juan.  
 — ¿Es súplica ó exigencia? replicó este sosteniendo con trabajo la magnética mirada de aquella mujer.  
 — Tengo derecho á mandar, y ese derecho me lo ha dado vuestro proceder.  
 — Advertid, señora, que al favorito del rey ha de cuadrarle mal vuestro mandato.  
 — Oid, don Juan de Benavides, lo último que tengo que deciros.

A estas palabras enderezó doña Margarita su hermoso talle, su rostro tomó una expresión imponente, y sus ojos se fijaron con esa mirada atrevida y profunda que causa la fiebre.  
 — Me vendisteis amor y os amé: usásteis de vuestra seducción, y manchásteis mi nombre: todo mal exige una reparación... vos no habeis satisfecho vuestra deuda... Sedadlo bien, don Juan: un mes teneis para ello, y al fin de este terrible plazo, ó venid á buscar un corazón lleno de ternura, ó huid de mi venganza.  
 — Por Dios, señora, que no me dejaré humillar por tanto orgullo.  
 — No olvideis que conservo las prendas de amor que pusisteis á mis pies el día del torneo.  
 — Recuerdo perfectamente que entre ellas había una preciosa daga de Fez.  
 — Esa daga hirió mi corazón, don Juan.  
 — ¿Y ahora queréis que cumpla vuestra venganza?..  
 — Golpe por golpe, caballero.  
 — Vuestras manos, señora, no saben herir; solo vuestros ojos saben matar.  
 Y al decir estas palabras quiso don Juan reír irónicamente; pero en vez de risa dejó asomar á su rostro el grito de su conciencia y el pesar de su alma.  
 — Sois un galán muy cumplido; pero os valdrá mucho no olvidaros de esta noche. Adios, don Juan.  
 — Doña Margarita de Espinosa, jugásteis en amor y perdisteis; se extravia vuestra cabeza y amenazais... ¡loco desvarío!... Señora, que Dios os guarde.  
 Y saludando respetuosamente salió, haciendo resonar sus espuelas en el pavimento.

II.

DONDE LA PRENDA DE AMOR SE TORNA EN PRENDA DE VENGANZA.

Serian las once de la noche, y la servidumbre de Fernando IV estaba recogida: solo algun arquero se veía atravesar los corredores del palacio, sin oírse otra cosa que el acompasado pisar de los centinelas, ó el eco de algun romance que entonaba el aterido soldado á la puerta del alcázar. Apenas se divisaba alguna que otra moribunda luz en la escalera ó en las habitaciones principales, y sin embargo, cualquier observador atento hubiera visto deslizarse por un estrecho pasillo una sombra negra, llegar hasta la escalera, bajar un trecho de ella y ocultarse detrás de una columna; y aunque sus pasos no se percibían, era indudablemente una persona, porque lo agitado de su respiración se oía muy claramente.  
 Algunos minutos despues sonó el choque de un pié varonil con el baldosado de mármol, y comenzó á bajar la escalera un caballero que embozado hasta la nariz, no dejaba ver mas que sus brillantes ojos. Al llegar frente á la columna en que se ocultó la sombra, se destacó esta de la pared, y arrojándose al embozado, exclamó con voz sorda y conmovida:  
 — ¡Don Juan de Benavides, te devuelvo tu prenda de amor!  
 Y abriendo el negro manto, hizo brillar en el aire una daga que clavó en el corazón del favorito.  
 La sombra desapareció por donde había venido.  
 Un grito de dolor se oyó, y el cuerpo exánime del caballero rodó por la escalera.  
 — ¡Cielos! exclamó la voz de un hombre llegando hasta el cadáver.  
 — ¡Un asesinato! repuso otro que se acercaba.  
 — ¡Es don Juan de Benavides! tiene el pecho atravesado con un puñal; socorrámosle, hermano, si aun es tiempo. Y esto diciendo sacó el arma de la herida en que estaba sepultada.  
 En este mismo instante se presentaron dos arqueros, y reconociendo el cadáver, comenzaron á gritar:  
 — ¡Traición, don Pedro! Don Juan Carbajal ha asesinado á don Juan de Benavides.  
 A estas voces llegaron otros cuatro guardias, y acometieron á los hermanos.  
 — ¡Vive Dios! exclamó don Pedro sacando su espada. ¿Quién tendrá valor para decirle asesino á un Carbajal? Atrás, villanos!

Don Juan le imitó, siguiéndose una encarnizada lucha.  
 El ruido de las armas y las voces de ¡asesinos!... ¡en nombre del rey! atrajeron gran porción de soldados.  
 Los dos caballeros se vieron acometidos por todos lados. Don Pedro hacia frente á la parte superior de la escalera, y don Juan a la inferior. Donde quiera encontraban picas, y sus aceros no dejaban de rozar mallas y cascos. Habían muerto tres soldados, pero tenían algunas heridas, y los enemigos eran muchos.  
 Don Juan hizo un rápido molinete con su espada, obligando á los que tenía delante á bajar dos ó tres escalones: repuestos, emprendieron nuevamente su ascension; pero al mismo tiempo el caballero, dando con un pié al cadáver, le hizo rodar de manera que cayó sobre sus acometedores: este golpe puso por tierra á algunos de ellos, ó hizo vacilar á otros; entonces don Juan, saltando por encima de sus cuerpos, gritó á su hermano:  
 — ¡A mí, don Pedro!  
 Este le imitó, y así pudieron salir á la calle, pero siempre perseguidos. Dando un paso por cada golpe que descargaban, llegaron á la puerta de una casa, y apoyándose en ella á la vez que se defendían, gritaron:  
 — ¡Fernando!  
 La puerta se abrió, los dos hermanos se deslizaron en el interior del edificio, corrieron sin detenerse á la cuadra, ensillaron con indecible velocidad dos caballos, y montando en ellos salieron á todo correr por una puerta falsa.

III.

EL JUEVES 7 DE SETIEMBRE DE 1312.

Despues que Fernando IV encomendó al rey de Aragon el arreglo de las diferencias que tenía con el de Portugal, y reunidas las Cortes en Valladolid á fin de que se le auxiliase con algun dinero para la guerra contra los moros, dispuso la partida en la primavera de aquel año, y siguió á su hermano Don Pedro, que fué nombrado general de la expedición.  
 El infante dirigió su marcha para venir sobre Alcaudete, y Don Fernando quedó en Martos.  
 Aquí nos dice la historia que noticioso el rey de que los dos hermanos Carbajales, á quienes se imputaba el asesinato de Benavides, se hallaban en aquella villa, mandólos prender. En vano estos infelices quisieron hacer llegar su voz hasta los oídos de Fernando; todo fué inútil, porque este, llevado de su carácter impetuoso é irreflexivo en semejantes casos, se negó á escucharlos, sentenciándolos á ser arrojados por la peña de Martos, á pesar de no estar probado el crimen.  
 El bárbaro fallo se ejecutó, y el 7 de agosto rodaron al inmenso precipicio los cuerpos de Pedro y Juan de Carbajal.  
 Como la justicia de los hombres fué tan cruel con estos inocentes, refieren las crónicas que al marchar al suplicio invocaron la de Dios, emplazando al rey para que á los treinta dias compareciese ante la Majestad Divina.  
 Don Fernando, ó no hizo caso, ó aparentó despreciar esto, porque á los pocos dias marchó muy tranquilo y alegre para Alcaudete, con el fin de dar algunas explicaciones en el cerco que se tenía puesto á esta villa.  
 Poco permaneció allí, porque su salud comenzó á quebrantarse, y tuvo que marchar á Jaen. Continuó agravándose, y por último se mejoró notablemente. La noticia de la toma de Alcaudete acabó de alegrar su ánimo, comenzando á ocuparse en proyectos de nuevas conquistas que trataba de emprender con su hermano, á quien esperaba de un día á otro.  
 Ya que sabemos el estado de las cosas, nos acercaremos hácia el palacio, segun le llamaban al casaron en que habitaba S. A.  
 Este, que existe todavía, es una de esas inmensas muelas de ladrillo sin gusto y sin orden. De una de sus esquinas se desprende un arco, que viene á unirse á uno de los ángulos salientes de otra casa que hay al costado. En el centro de este arco están colocadas tres imágenes, y desde que el rey se hallaba en Jaen no faltó alguna vieja curiosa para observar á un jóven arquero que todas las tardes al toque de las oraciones venia á postrarse ante el arco, y rezaba fervientemente. El rostro de este jóven, segun algunos, no dejaba de tener cierta semejanza con el de doña Margarita de Espinosa.  
 Sucedió pues que la víspera del dia en que estamos, y cuando el doncel acababa sus rezos, se le acercó una tapada, abrazándole con la mayor ternura: despues, los que escucharon, añaden el diálogo siguiente:  
 — Y bien, señora, ¿no se cumplirá la justicia de Dios?  
 — Descuidad: mañana es el último dia del emplazamiento, y el rey de Castilla morirá al toque de Angeles.  
 — Es decir...  
 — Que yo seré la mano de Dios. La sangre borrará la sangre, y una venganza agena hará expiar el crimen de la venganza propia.  
 — Cúmplase así.  
 — Mañana á esta hora delante del rey ya difunto nos veremos.  
 — Dios os preserve de mal, señora, dijo el arquero.  
 Y girando militarmente sobre sus talones, se introdujo en palacio.  
 Esto pasó, y tambien pasaron las veinticuatro horas. Don Fernando había comido, retirándose á descansar.

Todo se hallaba en el mayor sosiego, cuando se dejó oír el ruido de algunos ginetes, y á poco el infante Don Pedro llegó á las puertas del alcázar: un criado le tuvo el estribo, y al poner el pié en tierra, el sonido del esquilon de una hermita vecina recorrió el espacio anunciando la oración.  
 — ¿Está su alteza? preguntó Don Pedro á los arqueros.  
 — Despues de comer se ha recogido á descansar, señor.  
 — No le hace, es preciso que yo le vea ahora mismo.  
 Al decir esto, subió la escalera y se encaminó á la habitación de su hermano. Despues de repetir en la antecámara las palabras que dijo en la puerta, llegó hasta el regio lecho, precedido del mayordomo mayor.  
 — Ya veis, señor, dijo este en voz baja, S. A. duerme, y ordeuó que no se le despertase.  
 — Es demasiado importante el asunto, replicó el infante.  
 Entonces se acercó al rey, y lo movió ligeramente.  
 Don Fernando no despertó.  
 Segunda vez lo movió, y aproximándose dijo:  
 — ¡Señor!...  
 Igual silencio.  
 El rostro de Don Pedro se inmutó, y moviendo fuertemente á su hermano, lo llamó repetidas veces.  
 — ¡Cielos! exclamó observando que no respiraba.  
 El mayordomo tocó su pulso y sus muñecas, y se precipitó en la antecámara gritando:  
 — ¡Muerto! ¡El rey está muerto!  
 La servidumbre se puso en conmoción, y todos acudieron á la alcoba. El cuerpo fué reconocido, y se declaró estar cadáver el rey de Castilla.  
 Delante del lecho se veían arrodillados un jóven arquero y una mujer. Despues que quedaron solos dijo el jóven con acento grave:  
 — ¡La venganza está cumplida!  
 La mujer dejó asomar á su rostro una risa sarcástica é infernal, y contestó:  
 — ¡Es la justicia de Dios!  
 Entre tanto no se oía en el palacio otra cosa que estas palabras: «Hoy cumple el plazo que le dieron los Carbajales, y el Supremo lo ha llamado ante su trono.»

A los pocos dias tomó el hábito doña Margarita de Espinosa, fundando un convento de religiosas en el punto mismo donde se hallaba la ermita que tocó las oraciones el jueves 7 de setiembre de 1312.

RAMON ORTEGA Y FRIAS.

Inauguración

DEL ASILO PARA LOS OBREROS CONVALECIENTES EN VINCENNES.

(Véase el número 213.)

Este establecimiento, empezado solamente hace dos años, fué inaugurado con gran solemnidad el 1º de setiembre por la mañana.  
 Aprovechando la ventaja de un tren especial facilitado por la compañía del camino de hierro de Lion, dice el periódico de Paris del que tomamos esta interesante descripción, salimos para Charenton, y de allí para la Avenida de St. Mandé, donde dos elevados mástiles adornados con banderas y flores nos indicaron una nueva avenida que conducía al establecimiento en cuestion. Agradablemente situado en la orilla del bosque de Vincennes, este edificio, comprendidos los terrenos anexos, ocupa una superficie total de 42 acres de tierra amurallada.  
 El patio principal, abierto al frente, está cercado de edificios por tres lados, sin contar con las alas adicionales que le dan en cierto modo la figura de una T. Forma el frente un pabellón dórico coronado de un techo piramidal, hermoseado con algunos sencillos adornos de relieve. La entrada principal de los pabellones conduce á la capilla situada entre dos espaciosos refectorios con diez y seis ventanas cada uno, ocho en cada lado: el techo está sostenido por 14 columnas de hierro colado. Encima de la capilla, en el primer piso, se encuentra la librería, estancia elevada y espaciosa con columnas corintias y estantes de madera de roble.  
 La librería, lo mismo que la capilla, está colocada en medio de dos salas de paseo, de igual magnitud que los refectorios de abajo, para poderse pasear los dias de mal tiempo, ó en invierno. Los edificios laterales contienen dormitorios de tres camas cada uno. En otra parte del establecimiento hay algunos de ocho camas, pero perfectamente ventilados y cómodos. Hay otros siete patios formados por las alas arriba mencionadas y por otros edificios que contienen las oficinas, cocinas, lavaderos, salas de baños, etc. La cocina encierra una batería de utensilios calculada para 600 personas; el número de camas del establecimiento es de 500. Además hay máquinas para subir de los sótanos la leña y otros materiales pesados, y multitud de tubos que distribuyen abundantemente el agua por todo el establecimiento.  
 El lavadero tiene una máquina de vapor y grandes balsas de piedra y de hierro para lavar la ropa. Al ver las muchísimas comodidades que aguardan á los futuros huéspedes, pensamos en el sentimiento que experimentarán los obreros al tener que dejar este Eden despues de haber recobrado sus fuerzas.

Para la presente ocasion, la capilla y los dos refectorios habian sido modestamente adornados con banderas y flores; en el refectorio del Oeste se habia levantado un tablado para las autoridades que debian presidir la solemnidad. El busto del emperador, el águila imperial, colgaduras carmesies galoneadas de oro, y dos escudos adornados de banderas, llevando respectivamente las inscripciones: «Asilo imperial de Vincennes» y «Obreros convalecientes,» formaban las decoraciones en esta parte, repitiéndose en la extremidad del otro refectorio donde se habia erigido el tablado para la orquesta.

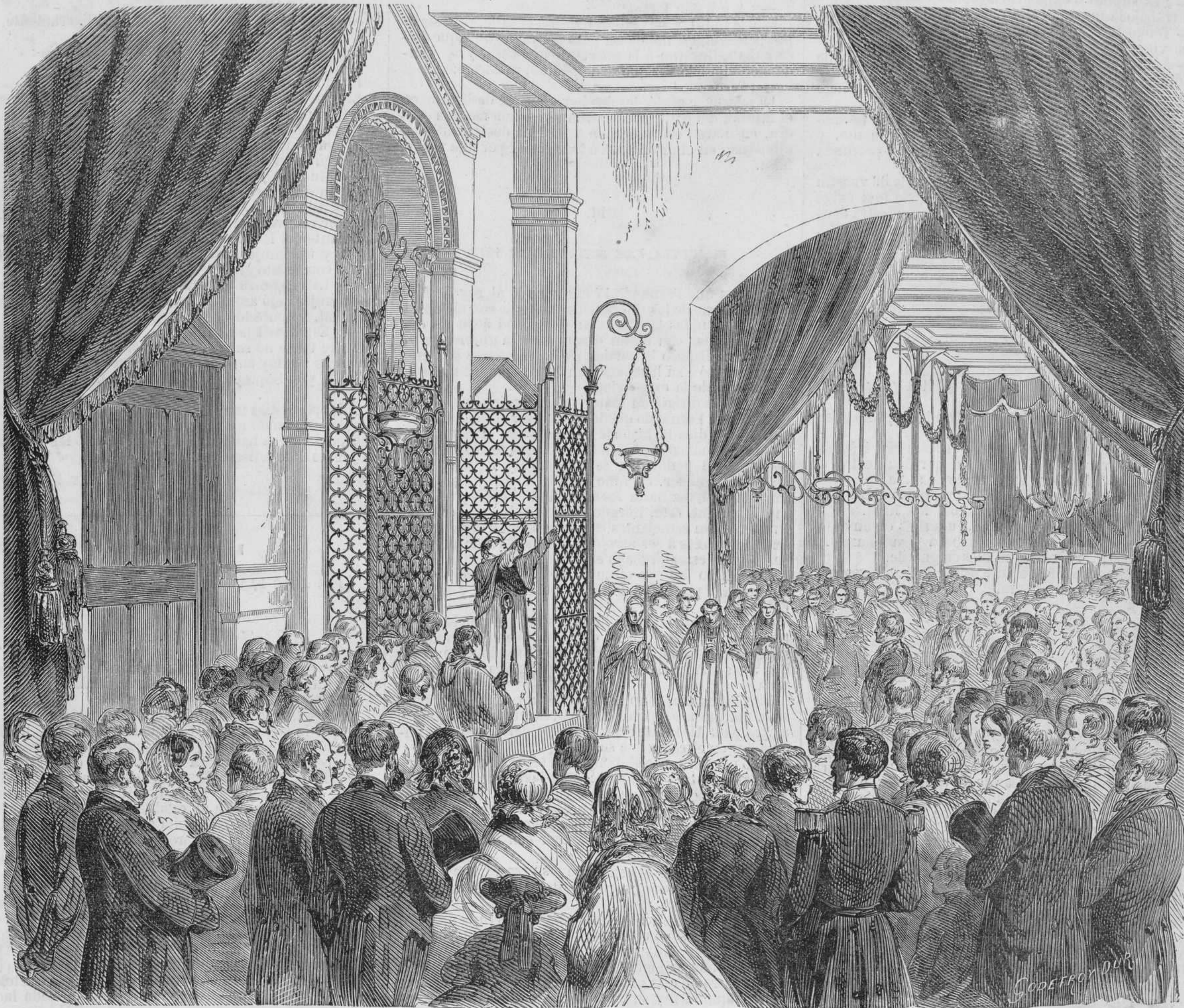
La concurrencia era muy numerosa, pues no bajaba de 2,000 personas, incluidas las diputaciones de las Sociedades de socorros mútuos de obreros con sus banderas.

A las doce en punto, el cardenal arzobispo de Paris

vestido de pontifical, acompañado de un numeroso clero, empezó la ceremonia para la consagracion de la capilla. En seguida, subiendo las gradas de mármol blanco del altar, lo besó, y con voz clara y sonora improvisó un discurso, alusivo á la ceremonia que les habia reunido en aquel sitio, hablando en términos altamente favorables del monarca que, en medio de las grandes ocupaciones del Estado, no habia perdido un momento de vista los intereses de los obreros, y que animado de los mas verdaderos sentimientos de filantropía, habia hecho edificar este establecimiento para recibir en él á los obreros convalecientes. Su Ema. añadió que habia venido para invocar la bendicion del Todopoderoso sobre este benéfico asilo. «Es demasiado cierto, dijo, que hay miserias que no pueden ser socorridas de la manera que desean nuestros corazones; pero Dios, que oye nuestras

súplicas, bendice nuestros esfuerzos. Visitemos todos los sitios de este establecimiento para que no quede un solo rincon que no haya recibido la bendicion de la Iglesia.»

Su Ema., acompañado de su clero, se dirigió en procesion á las demás partes del edificio, despues de lo cual se cantaron los divinos oficios acompañados de una excelente música. Terminadas las ceremonias religiosas, M. Billault, ministro del Interior, acompañado del cardenal Morlot, el prefecto de policía, M. Watteville, presidente de la Comision del establecimiento, M. Monceau, secretario general del ministerio del Interior, el general en jefe de la division de Vincennes y de los miembros de la comision arriba mencionada, tomaron asiento en la plataforma. M. Billault leyó un discurso en el cual recordaba al auditorio todas las grandes obras completadas bajo los auspicios de Napoleon III. «Hace pocos



Inauguracion del asilo para los obreros convalecientes en Vincennes.

dias, dijo, fué inaugurado el Louvre, y hoy lo es el Asilo para los obreros convalecientes; en el primero se ostenta el esplendor de la civilizacion; aquí un sentimiento paternal en favor de los obreros; allí las bendiciones de la paz, la gloria de la guerra, el desenvolvimiento de la riqueza nacional fueron justamente celebrados, mientras que aquí la imaginacion contempla la solicitud del monarca para las clases necesitadas.» El orador indicó las dificultades que el jefe de la Francia habia tenido que superar para realizar sus grandes designios; la guerra y cuatro años de no interrumpida carestía habian acumulado en vano sus obstáculos en su camino; ferrocarriles, canales, desagües, manufacturas, comercio y agricultura, á todos habia favorecido con incesante cuidado. Pero no habia sido solo en trabajar en favor de la riqueza nacional; la Emperatriz le habia ayudado tambien con todas sus fuerzas á llevar adelante sus proyectos.

El asilo imperial para los huérfanos y el Hospital Eugenia habian sido fundados por ella. Las cocinas para los pobres, la asistencia domiciliaria, los lavaderos públicos, y finalmente el establecimiento de convalecencia de Vincennes y el de Vesinet para los obreros imposibilitados eran fruto de los esfuerzos de los dos augustos personajes. «¿Qué han hecho los agitadores públicos y los utopistas, preguntó, que pueda compararse con esto? Qué importa que prometan muchas cosas; solo un gobierno fuerte basado en el orden público puede realizar semejantes promesas.»

Hablando de la dotacion del establecimiento, el ministro anunció finalmente que se reservaria para su sostenimiento y el de los nuevos que se erigiesen del mismo género el 1 por 100 del coste de todas las obras públicas de Francia.

S. E. dijo que iba á distribuir recompensas á los que habian contribuido, cada uno en su esfera, á la ejecu-

cion de esta obra. En consecuencia, M. Laval, arquitecto del edificio, recibió acto continuo la cruz de la Legion de Honor. — Los individuos siguientes, llamados consecutivamente, recibieron una medalla de plata conmemorativa; estos fueron: M. Lisch, inspector de las obras; M. Rurin, subinspector; M. Croiseau, investigador; los señores Violet, Ducros, Petit-Jean, Roblet, Bouillon, Pagé, Borquis, Coujat, Mazoyer, y Gay, contratistas. El ministro declaró terminada la ceremonia en medio de los gritos de «¡Viva el emperador!»

El ministro, el cardenal y los demás personajes mencionados pasaron entonces á visitar todos los departamentos del establecimiento, autorizándose despues al público para hacer lo mismo. Las bandas militares situadas en el patio principal tocaron en los intermedios, y la ceremonia pareció dejar agradablemente impresionados á todos los concurrentes.

L. V.